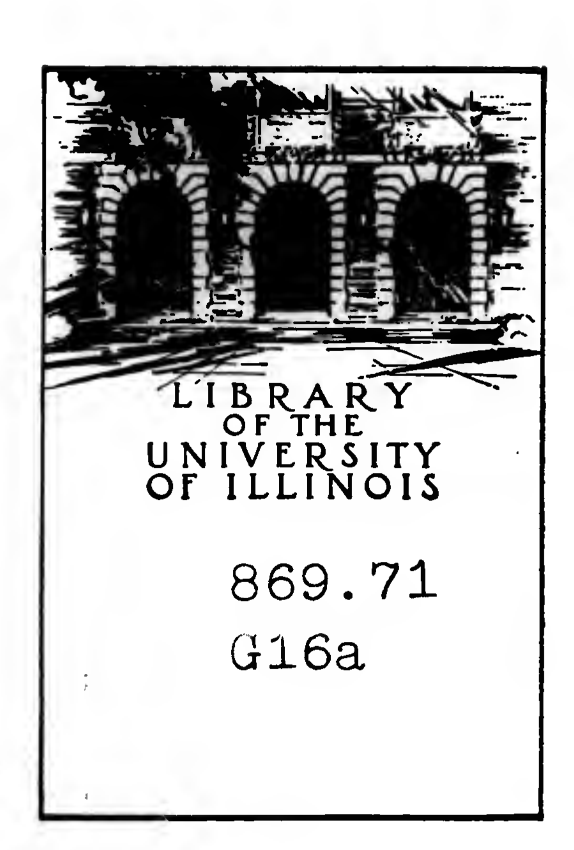

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

EL AMOR

DE

UNA NIÑA.

NOVELA ORIGINAL



Propiedad del [redacted]

MEXICO.

IMPRENTA DE BOIX, BESSERER Y C.ª
Callejon del Espiritu Santo n.° 8.

1852.

EL AMOR DE UNA NIÑA.

I.

Era una bellísima mañana del mes de Mayo de 1845. El vivificante sol de Oriente inundaba con su esplendorosa luz la ciudad de Constantinopla, su vasto puerto y los pintorescos arrabales de *Galata y Pera*, colocados frente por frente de la imperial ciudad, á la otra parte del prolongado golfo que de puerto le sirve. La imaginacion mas fecunda en creaciones ideales podria apenas formarse una idea aproximada del admirable cuadro que se ofrece á los ojos del viajero, cuando situado en medio del puente de madera que atraviesa el *Cuerno de Oro* (1), y que une la ciudad propiamente dicha á sus arrabales, mira á su frente las cúpulas de *Santa Sofía*, del sultan *Achmet*, *Solimaniyé* y otro centenar de mezquitas, rodeadas de altísimos alminares, tan esbeltos y atrevidos, que á lo lejos parecen agujas gigantescas que van á perderse entre las nubes: un poco á la izquierda *Scutari*, situada en la costa de Asia, con sus palacios, rodeados de voluptuosos jardines, y algo mas lejos el Bósforo, inmensa faja de plata que separa los dos continentes, con sus riberas sembradas de aldeas, kioskos y palacios, embalsamados pensiles, frondosos bosques y bellísimas praderías. Los caiks (2), tan ligeros como las góndolas de Venecia, pero mucho mas alegres, que cruzan el puerto en todas direcciones; las grandes barcas que salen de

(1) *Nombre que dan los turcos al puerto de Constantinopla.*
(2) *Enbarcacion pequeña muy ligera.*

Scutari y de *Tophana*, llenas de viajeros que se trasladan á diferentes puntos del Bósforo; los buques que entran y salen, la variedad infinita de trajes, el sonido de tantas lenguas, todo contribuye á da, á aquella nueva Babel un colorido imposible de espresar. Emperor poco ó nada parecian interesar todas estas cosas á un viajero que, apoyado en el antepecho del puente, de que ya hemos hablado, parecia insensible á cuanto pasaba á su alrededor. Tal era su inmovilidad, que cualquiera le habria tomado por una estátua, á no ser por un imperceptible ceño que de cuando en cuando arrugaba su pálida y espaciosa frente. Representaba tener como unos veintiseis á veintiocho años, y parecia de robusta complexion, aunque minada por alguna grave dolencia. Su modo de llevar el traje europeo que vestia, inclusos guantes y botas, junto con el color de su tez, su espeso bigote y sus largos y lustrosos cabellos negros, lo habrian hecho tomar por un frances del Mediodia ó por un español, si no viniera á suscitar algunas dudas el fez (1) que cubria su cabeza, y cierta espresion de salvaje independencia que brillaba en su espresiva fisonomía. Así permaneció aún durante algunos minutos, sin que bastasen á distraerle de su meditacion los varios encontrones que le daban de vez en cuando algunos transeuntes distraidos: mas al cabo, como quien despierta sobresaltado en medio del sueño, se enderezó de pronto, y sacando entre las solapas de su levita negra abotonada hasta el cuello, un reloj de oro sujeto á uno de los ojales superiores por una cadenita del mismo metal, primorosamente labrada, pareció admirarse de la hora que señalaba, y empezó á pasearse con agitado movimiento, ya á lo largo, ya á lo ancho del estrecho puente. Era de ver el efecto que producian sus descompasados ademanes en los pacíficos turcos que pasaban de una parte á otra de la ciudad, y á quienes solia atropellar violentamente en las bruscas paradas que frecuentemente interrumpian sus estravagantes paseos. Algunos menos sufridos se volvian coléricos hacia él murmurando entre dientes la palabra *Ghiaour* (2), espresion favorita de que se sirven los mahometanos para denotar á todos los que no son de su comunion, y especialmente á los europeos, á quienes dan tambien el nombre menos ofensivo, ó en lenguaje del dia mas parlamentario, de

(1) *Gorro griego.*

(2) *Infiel.*

francos; pero al ver la mirada de altivez y desprecio que clavaba en ellos el estranjero, continuaban su camino, sin atreverse á volver la cara atras, como vulgarmente se dice. La agitacion de nuestro personage subia de punto: era indudable que esperaba á álguien, quien por su parte no se apresuraba á acudir á la cita. Por fin, perdiendo del todo la paciencia, empezó á dirigirse á todos los turcos de aspecto mas decente que por allí pasaban, preguntándoles en frances dónde podria encontrar un *dragoman* (1) que lo guiase aquel dia en Constantinopla. Todos se encogian de hombros indicando por señas que no entendian. Cambiaba entonces el jóven de lengua, haciéndoles la misma pregunta en varios de los idiomas europeos; pero desgraciadamente obtenia el mismo resultado. Al fin acertó á pasar un jóven, turco al parecer, y de bellísima fisonomía, á quien nuestro jóven dirigió la consabida pregunta en frances, lengua que al parecer preferia, y el otro le contestó con suma volubilidad: "*Capisco il francese, ma si ella capisce l'italiano, e posso servirla di qualche utilitá, comandi* (2)." Al sonido de aquella voz clara y vibrante, retrocedió el estranjero como quien pisa una serpiente, y la palidez de su rostro, ya bastante notable, se hizo casi cadavérica. Volvió, sin embargo, pronto sobre sí, y acercándose á su interlocutor con fulminantes ojos, le dijo en muy puro toscano.

—Creo que tengo el honor de hablar al señor Giácomo Visconti.... ¿Puede vd. decirme si ha vendido la fé de sus mayores como en otro tiempo vendió á uno de sus mejores amigos?

Retrocedió el otro un paso y se puso maquinalmente en guardia; pero por un segundo movimiento se acercó al estranjero y le dijo con alterada voz:

—¡Caballero! hay palabras que no deben contestarse sino á la distancia de una buena espada....pero, añadió con voz mas tranquila, yo no conozco á vd. ni jamas he vendido á nadie.

—Los sufrimientos, murmuró el otro, desfiguran mucho: pero no creo que haya olvidado vd. el año de 1838 en Roma.... Via *Condotti*....

—¡Ah!....no, en verdad; jamas olvidaré esas cosas ... Al decir

---

(1) *Intérprete que suele guiar á los estranjeros.*

(2) *Entiendo el frances; pero si vd. entiende el italiano y puedo servirle de algo, mandeme vd.*

estas palabras fijó su penetrante mirada en el desconocido, y como iluminado por una idea repentina esclamó: ¿Seria posible?. . . ¡oh! sí....él es....Cárlos ....Cárlos Hébert!....

—¡Y bien! interrumpió el primero; espera vd. engañarme todavía?

—¡Engañarte! yo engañarte!

—Engañarme y venderme con la mas ruin villanía....

—¡Hermano!....Cárlos....pero esto es un sueño....y como recordando de pronto alguna cosa: ¡ah!....ya caigo....pero....hermano.... amigo mio.... por favor te pido que me escuches. Tu noble corazon podrá mas que tu amor propio ofendido... tú....

—¡Calla....miserable! tú lo has dicho antes. Hay palabras que no deben contestarse sino á la distancia de una buena espada. .. ¡Pues bien! á esa distancia, solo á esa distancia, y cuando yo haya derramado tu sangre, ó tú la mia, oiré tus palabras. Hasta entonces nada hay posible entre nosotros.....

—Sea, dijo el otro, cediendo en apariencia; y llamando en alta voz á uno de los griegos que cruzan el puerto á todas horas en sus caiks en busca de algun salario, le dijo en dialecto turco: Vé á esperarnos al estremo del puente, y nos conducirás á un sitio solitario en la costa de Asia." Y volviéndose á nuestro incógnito, le dijo con voz dulce:—Ahora, hermano, sígueme.

II.

A un cuarto de legua del puerto de Constantinopla está situado el arrabal de *Pera* sobre una colina que domina al de *Gálata*. *Pera* es la residencia de casi todos los *francos* (europeos), ya establecidos, ya de paso en la vasta capital del imperio Otomano. Allí residen los embajadores de todas las potencias, los negociantes mas ricos, artistas, &c.; pero como á nadie está prohibido vivir en aquel lugar, la diversidad de los trajes, y hasta la pintura de las casas hacen de *Pera* un verdadero y perpetuo carnaval. Las casas de los judíos están pintadas de negro; las de los armenios de morado, y de encarnado subido las de los griegos. De modo que el amarillo, el blanco, el pardo, el azul, el verde y el rosado, pertenecen á los musulmanes. Pero el aspecto carnavalesco así de las gentes como de sus moradas, solo puede ser examinado á la luz del brillante sol de Oriente, puesto que allí como en todos los demas barrios y en la

ciudad misma, las calles y plazas, que ademas son todas anómimas, están de noche perfectamente oscuras, no habiéndose introducido todavía en aquella inmensa poblacion el uso de reverberos. Esto hace que todo el mundo se retire á su casa muy poco despues de anochecido; y dos horas despues de puesto el sol, nadie puede salir sin una linterna, que por lo comun es de papel, so pena de pasar la noche en un cuerpo de guardia, hasta el cual tiene uno el honor de ser escoltado por alguna de las muchas patrullas á caballo que circulan de noche por la ciudad. Esta severidad aparente, bien examinada, es un efecto de laudable prevision por parte del gobierno turco, pues ademas de los infinitos riesgos que se correrian transitando á oscuras por aquellas tortuosas, estrechas y mal empedradas calles, hay, sobre todo para los estranjeros, el peligro de ser asaltados por alguna de las innumerables hordas de perros errantes, que ocultos durante el dia en misteriosas guaridas, se derraman protegidos por la oscuridad de la noche en todas direcciones, pudiendo citarse mas de un caso de personas devoradas por aquellos famélicos animales. Mal hallados con una libertad que no está en su naturaleza, se reunen en tribus y se reparten en los diversos barrios de la ciudad. Los turcos los protejen, porque encuentran en ellos una salvaguardia contra los ladrones, una policía vigilante acampada durante la noche delante de sus casas, y sobre todo, un cuerpo organizado de barrenderos públicos, el cual se encarga gratuitamente de limpiar de todo género de inmundicias las calles de la capital. A pesar de todas estas circunstancias, jamas los admiten en sus domicilios, y limitan su caridad hácia estos nuevos *parias* á recojer en un cesto colocado delante de cada puerta, y que no tiene otro destino, los restos de la comida y otros desperdicios, que arrojados al arroyo serian hollados por hombres y caballos (1).

---

(1) Mahmud, *el padre del actual sultan, á quien se debe entre otras reformas importantes la destruccion de los* genízaros, *eternos rivales del poder imperial y del* Kalifato, *cuya ejecucion tuvo lugar el* 16 *de Junio de* 1826, *no pudo llevar á cabo la destruccion de los perros. Empezó haciendo envenenar secretamente algunos centenares, pero los turcos murmuraban alegando el* Koran; *trató de deportar algunos al mar de* Mármara, *pero el buque en que iban naufragó, y la espedicion se declaró sacrílega é impía. Desde entonces las calles de Constantinopla están, por decirlo así, enfeudadas á aquellos animales, que segun dicen pasan de* 50,000.

Al fin de la calle principal de *Pera*, llamada la *gran calle*, por la cual, sea dicho de paso, apenas pueden caminar sin tropezarse tres hombres de frente, se veia en la época de que hablamos, una casa de cómoda apariencia, y que indicaba por el lúgubre color de su fachada pertenecer á uno de los proscriptos hijos de Israel.

Si el lector quiere seguirnos al interior de esta casa, tendrémos el honor de presentarle algunos de los personajes mas interesantes de esta historia. Aunque su fachada, como ya hemos dicho, revelaba á primera vista que sus dueños pertenecian á la clase de gentes acomodadas, cualquiera que penetrase en ella no podia menos de sorprenderse al recorrer sus habitaciones decoradas con la mayor suntuosidad y con una rara mezcla del lujo oriental, y del menos espléndido, pero mas razonado gusto europeo. Las mas brillantes sedas de *Damasco* cubrian sus paredes y divanes, las alfombras mas costosas de Persia sus pavimentos, y las estátuas y cuadros de los mas afamados artistas modernos junto con no pocas antigiiedades, se veian colocadas al lado de las interminables pipas turcas, los hospitalarios narguilhés (1), y las pistolas y yataganes incrustados de preciosas piedras y finísimas cinceladuras. Sobre algunos muebles, veianse en raro maridaje, libros costosamente encuadernados al lado de los abanicos de variadas plumas con que se defienden las orientales de los insectos alados que engendra el calor en aquellas comarcas, y algo mas distantes se confundian riquísimos *convoloios* (2) con una porcion de fruslerías que ha inventado el refinamiento europeo. En una de estas piezas, cuyas ventanas daban á un pequeño jardin, habia dos mujeres. La de mas edad, que parecia rayar en los veinte y cuatro años, era un vivo trasunto de la *Rebecca* de *Walter-Scott*. Alta y esbelta como una Diana, de morena tez, cabellos como el ébano, y ojos como la esposa de los cantares. Tenia sobre sus rodillas un niño dormido, al parecer todavía en el período de la lactancia, y al ver la tierna solicitud con que velaba sobre su sueño, cualquiera habria adivinado que entre aquellos dos se-

(1) *Pipas en que pueden fumar á la vez cuatro, seis ó mas personas. La chimenea es comun; pero cada fumador tiene su tubo independiente.*

(2) *El rosario que llevan todos los orientales en la mano, como nosotros el baston y nuestras mujeres el abanico.*

res existia el lazo mas estrecho de la naturaleza. La otra mujer parecia entrar apenas en la adolescencia, y ni el cincel griego, ni en tiempos mas modernos el pincel divino de Rafael, crearon jamas nada que esceder pudiera á la ideal hermosura de aquel cándido lirio de los valles. Era casi tan alta como la otra, aunque parecia mucho mas pequeña, no solo por la mayor morbidez de sus formas, sino porque sus facciones, como todos sus movimientos, estaban despojados de cierta innata altivez que resaltaban hasta en los menores ademanes de su compañera. La tez de esta jóven tenia la blancura y trasparencia de la de las encantadoras hijas de Albion; largos y sedosos cabellos del mas hermoso castaño-claro caian en caprichosas trenzas sobre un cuello perfecto, y cuando fijaba en alguno sus bellísimos ojos del mas puro azul, sombreados de largas y rizadas pestañas, era imposible resistir aquella mirada sin sentirse penetrado hasta el fondo del alma. En aquel momento se ocupaba en pintar á la aguada una vista de Roma, y tan absorta estaba en su trabajo, que no oia ciertas esclamaciones de inquietud acompañadas de profundos suspiros con que de vez en cuando interrumpia su compañera el profundo silencio que allí reinaba. Nada mas opuesto que la espresion de las fisonomías de aquellas dos mujeres, y sin embargo, se parecian de un modo notable. Eran hermanas. *Esther* se llamaba la mayor, *Rebecca* la segunda.

Algunos instantes todavía, continuó esta última en su abstraccion artística; pero perdiendo al fin Esther la paciencia, se levantó dulcemente, colocó á su niño lo mejor que pudo sobre el divan, y cubriéndole el rostro con una especie de velo de un lienzo delgadísimo para defenderle de las picaduras de los insectos, se dirigió con cautelosos pasos hácia el otro estremo de la habitacion, en donde su hermana seguia pintando. Rebecca pintaba, quizá por centésima vez, una porcion de las ruinas de la antigua Roma, tomada desde lo alto del collado en donde se alzaba en los pasados siglos el vasto y suntuoso palacio del emperador Augusto. Esta y otras muchas vistas de la altiva ciudad de los Césares eran el asunto constante de sus pinturas; todas las hacia de memoria, y con sorprendente fidelidad.

—Siempre Roma, hermana mia, murmuró Esther; todavía no has hecho nada de Constantinopla. Parece que solo eres sensibel á las bellezas de aquella antigua capital, y sin embargo, hay asun-

tos para mil cuadros admirables en Constantinopla y sus cercanías,

—Es cierto, hermana, contestó Rebecca, pero no soy artista. No hago mas que trazar en cada una de estas vistas romanas la historia de los plácidos ensueños de mi edad primera, que tan fugaces se desvanecieron. A la sombra de esos arcos, sentada en el pedestal de esas columnas, recorriendo esos pórticos, restos imponentes del poder antiguo, viví y fuí feliz. Ahora para soportar la vida, necesito soñar con los dias que pasaron, y para soñar necesita el alma descansar en aquellos lugares.

—Es una cosa increible, pensó Esther; y retirándose como habia venido, se fué á sentar junto á su dormido niño. Estuvo contemplándole algunos instantes con indecible ternura; pero de nuevo le asaltó su anterior inquietud, y levantándose rápidamente esclamó:

—Es muy tarde, hermana mia, muy tarde, y Giácomo no viene.

—Habrá encontrado algun conocido antiguo, ó se habrá detenido para ver los preparativos que se estaban haciendo en el Bósforo para los fuegos. Ya sabes que muy pronto se casa la sultana *Validé*, hermana del emperador.

—No.... no habria tardado tanto. Fué solo á ver á nuestro tio *Manases* y ya debia estar de vuelta. Algo debe haberle sucedido; y levantando al cielo sus negros ojos, al traves de los cuales brillaba una lágrima, esclamó con el arrebato oriental:

—¡Dios poderoso! ¡Vela sobre los pasos del padre de mis hijos!

III.

Para mejor inteligencia de esta historia, rogamos al lector que se traslade con nosotros á una época no muy lejana, aunque en esta edad de los vapores y de los caminos de hierro, digan lo que quieran sus detractores, cada año equivale á una centuria de los pasados tiempos. Sea como quiera, solo habia cerca de ocho años, es decir, en el de 1838, vivia en Roma el judío *Ephraim Jessurum*, afamado banquero, á quien su religion habia impedido añadir á su nombre un título de duque ó príncipe, y colocar en las portezuelas de sus elegantes carruajes un brillante escudo de armas timbrado con una corona. Aunque, como ya he dicho, no era duque ni príncipe, Ephraim Jessurum era un personaje muy notable en Roma, y no cedia en importancia á ninguno de sus colegas, esceptuando, sin embargo, al banquero príncipe, ó

si se quiere, al príncipe de los banqueros.... el príncipe Torlonia. Por poco leida que sea esta historia, no dejará seguramente de serlo por alguno ó algunos que, como el autor, hayan estado en Roma, y como él hayan tenido su carta de introduccion, si ya no de crédito, para el citado señor Torlonia: si ello es así, habrán tambien esperimentado un sentimiento penoso, bastante parecido á la humillacion, atravesando el suntuoso patio del magnífico palacio que habita aquel negociante en la plaza de Venecia, y en el cual ha amontonado una multitud de obras maestras de escultura. Como el autor, habrán probablemente comparado su mezquina fortuna con la inmensa de aquel hombre, y se habrán sentido humillados al tocar, por decirlo así, su impotencia. No hablaré del lujo verdaderamente asiático que decora las habitaciones interiores de aquel edificio; ni de las mágicas *soirées* que da su opulento dueño en la estacion de Roma, que como la de otras muchas capitales de Europa, Paris y Madrid, por ejemplo, es aquella en que el pobre siente con mayor intensidad su miseria.... el rudo y macilento invierno. A estas reuniones convida escrupulosamente el señor Torlonia á todos los viajeros que tienen crédito abierto en su casa por mas de 10,000 francos. A los que no tienen esta fortuna, les están cerradas las puertas interiores de aquel paraiso, bien que el príncipe trata de indemnizarlos de esta privacion recibiéndolos con la mas esquisita finura en el peristilo, llevando á tal punto su llaneza y benignidad, que cualquiera de ellos, hasta el peregrino mas humilde, tiene derecho de ordenar á sus parientes ó amigos que le dirijan sus cartas á casa del príncipe, quien solo exige en cambio la módica retribucion de un duro por carta, ya proceda del *Indostan*, ya de *Civitavecchia* (1) Pero volvamos á Ephraim.

Habitaba este una hermosísima casa de la *Via Condotti*, empleando todo el tiempo que le dejaban libre sus negocios, en dirigir por sí sus dos hijas, solas herederas de su inmensa fortuna. Habia el buen judío casádose por amor en su mocedad con una jóven de su secta, la cual le dió una hija dentro del primer año de su matrimonio. Desgraciadamente el parto fué muy laborioso, y la pobre Sara, de constitucion muy delicada por naturaleza, estuvo durante muchos meses á las puertas de la muerte. Los ausilios de la medi

(1) *Puerto de mar, situado á pocas leguas de Roma.*

cina, mudanza de aires, y mas que todo la tierna solicitud de su marido, pudieron sin embargo restituirla á la vida y hasta cierto punto á la salud. Así vivió por algo mas de seis años, al cabo de cuyo tiempo volvió á ser madre; pero esta vez nada pudieron los remedios ni el amor contra un tísis pulmonal que en muy breve espacio dejó viudo á Ephraim y huérfanas á sus hijas. El dolor del primero le hizo por algun tiempo insensible á todo lo que pasaba á su alrededor; pero al fin recobró sus derechos la naturaleza, y el sentimiento del esposo tuvo que ceder su lugar al amor de padre. Jóven todavía y sin ninguna persona de su familia en Roma á quien confiar el cuidado que reclamaba la corta edad de sus hijas, tuvo muchas veces el pensamiento de volver á casarse; pero la imágen de la adorada compañera que le habia sido arrebatada, impresa en su corazon, y el temor de dar á aquellas tiernas criaturas en vez de una madre, un duro azote y tal vez un peligroso enemigo en la persona de una madrastra, le decidieron á no partir con nadie su solitario lecho, y se consagró esclusivamente á cumplir la doble tarea que la equitativa justicia del Criador ha dividido entre el padre y la madre.

Pasaron dias, meses y años, y ya la hija mayor de Ephraim contaba diez y siete primaveras.—Esther, tal era su nombre, habia hecho admirables progresos en todos los estudios á que su padre la habia dedicado. Sin parecerse precisamente á su madre, tenia con ella notable semejanza, á pesar de haber sido aquella rubia y blanca, y ser esta bastante trigueña, y de cabello negro como el azabache.—Esto en cuanto á la figura; porque en cuanto al carácter, era absolutamente el reverso de la medalla. Sara habia nacido para obedecer, su hija para mandar.—La primera, de una constitucion débil y enfermiza y de índole tierna, dócil y amante, nunca tuvo voluntad propia; la segunda, fuerte y robusta, con un carácter decidido y un entendimiento superior, se rebelaba á la sola idea de sujetar sus caprichos á la voluntad de otro. Rebecca, la hija menor, el Benjamin de su padre, era tanto en lo moral como en lo físico *la vera icon* (1) de la difunta Sara.—Blanca y rubia como ella, como ella tierna y amante. Contaba ya diez años, y nadie la habia visto cólerica ni una sola vez todavía. Para un observador profundo habria sido aquella niña objeto de interesantísimo estudio. De en-

(1) *Imágen verdadera.*

tendimiento limitado al parecer (sus maestros se quejaban de sus escasos adelantos;) tenia, sin embargo, una rarísima memoria; y al mismo tiempo que en la mayor parte de las cosas de la existencia, aparecia aun mas niña y mas ignorante que la mayor parte de las mujeres á su edad, en otras, en la amistad, por ejemplo, se notaba una intensidad de sentimiento que solo se esperimenta en una época mas adelantada de la vida. Como al nacer quedó huérfana, y ademas se parecia tanto á su madre, el buen Ephraim la idolatraba sobre toda espresion, notándose en aquel cariño una estraña mezcla del amor paternal con cierta especie de respeto supersticioso. Por consiguiente la niña, casi sin direccion, pues su padre habria creido cometer un crímen oponiéndose á sus menores voluntades, iba creciendo entregada, por decirlo así, á la sola naturaleza. Notábase en ella una inclinacion irresistible á la soledad, y frecuentemente veíasela pasar horas enteras en un rincon de su cuarto, entregada al parecer á mentales especulaciones ajenas absolutamente de aquel periodo de feliz ignorancia, cuya duracion es tan breve y cuyo plácido recuerdo nos persigue despues incesantemente al traves de las borrascosas olas de este mar de la vida, como para hacernos mas sensible su amargura. El único ramo de su educacion, que parecia tener atractivo para ella, era el dibujo, en el cual hacia admirables adelantos; los demas, ó absolutamente no los atendia, ó bien les dedicaba tan mezquina atencion, que apenas podia decirse que sabia entonces algo mas que al empezar.

Por aquel tiempo [se acercaba la Semana Santa del año de gracia de 1838], llegó á Roma un jóven procedente de Francia, al parecer solo con el objeto de asistir á las imponentes ceremonias con que conmemora la capital del Orbe cristiano la pasion y muerte del Hombre-Dios, y que atraen anualmente á su recinto un número inmenso de peregrinos de todas las sectas y naciones. Traia letra abierta para la casa mas fuerte de Roma [la del príncipe de quien hemos hablado al principio de este capítulo]; y esta circunstancia, generalmente conocida, ya porque aquel magnate lo habia introducido en muchas familias pertenecientes á la primera sociedad, ya porque en aquella poblacion en que viven las tres cuartas partes de sus habitantes del producto de los estranjeros que á ella concurren de todas las partes del mundo, nada es mas comun que saberse al dia siguiente de la llegada de cualquiera viajero, de dónde viene,

qué objeto trae y con qué recursos cuenta; esta circunstancia, repito, unida á sus cortesanos modales, y á cierto aire de altivez impreso en su espresiva fisonomía, dieron lugar á infinitas conjeturas á cual mas estravagantes, las cuales eran repetidas con mas ó menos exageracion en los salones de la aristocracia romana. Unos opinaban que el jóven viajero [tenia entonces cerca de veinte años] era hijo de algun lord inglés establecido en la India [nuestro héroe era muy trigueño] y que habiendo heredado á su padre, venia á gastar sus cuantiosas rentas en Europa.—Otros aseguraban haber oido que era un príncipe indio, que viajaba para perfeccionar sus estudios con el laudable fin de introducir la civilizacion europea en el reino de su padre cuando la muerte de este lo llamase al trono.—Quién le creia un gefe carlista comisionado por su rey para alguna negociacion religiosa con S. S.: quién aseguraba ser el mismo príncipe D. Sebastian, que convencido del resultado de la civil contienda que asolaba por aquel entonces el fértil suelo español, venia con tiempo, no solo á buscar un asilo á la sombra del gobierno pontificio, sino á prepararlo para su madre y el pretendiente; y no faltó quien sostuviese que el jóven no era ni mas ni menos que un capitan de bandidos, el cual venia á ver si podia dar algun golpe de mano en el confuso tumulto que presenta Roma en aquella época del año.

La verdad del caso es que nadie, ni aun el mismo banquero, sabia á punto fijo quién fuese aquel personaje. Las cartas que recibia venian dirigidas al príncipe Torlonia para entregar á M. Hébert; y en sus tarjetas no se veia otro nombre que este con las letras F. C., iniciales al parecer de su nombre de pila, sin armas, ni corona, ni ningun otro indicio que pudiera servir de guia en el laberinto misterioso en que se encerraba. Hablaba igualmente bien cinco ó seis lenguas europeas; de modo que hasta su nacionalidad era un enigma. En su vestido unia siempre la mayor elegancia á la mayor sencillez, y en los ojales de su frac negro, constantemente abotonado, nadie habia visto brillar condecoracion alguna.

Pasaban dias y dias, y M. Hébert, puesto que así tenemos que llamarle, continuaba siendo el objeto de las conversaciones, y siempre con el mismo poco satisfactorio resultado.

Un incidente, sin embargo, vino á dar algunas esperanzas á los curiosos. Hallábase una noche nuestro héroe en el teatro de la *Valle* ocupando un palco muy visible. Cantábase aquella noche una

de las mas célebres óperas de Donizzetti, en la cual se presentaba por primera vez al público romano, una *prima donna* no menos famosa. En el palco de enfrente al del jóven estranjero, una dama de la primera nobleza, la princesa de C.... hablaba sin apartar la vista de aquel, con un jóven que estaba á su lado, el cual por su parte dirigia su anteojo con mucha frecuencia al palco de enfrente, y durante el primer acto de la ópera se levantó dos ó tres veces, demostrando en sus ademanes la mayor inquietud. Estos manejos tenian muchos observadores interesados entre los espectadores, los cuales se comunicaban unos á otros en voz baja las ideas que les suscitaba aquella pantomima. Acabó por fin el primer acto, y no bien hubo caido el telon, cuando desapareció el jóven inquieto, y la multitud fijó sus ojos como por un momiviento simultáneo en el palco del estranjero. Por espacio de algunos segundos duró la ansiedad general; pero he aquí que llaman á la puerta del palco, levántase el incógnito, abre, y entra el jóven en cuestion. Cambian entre sí algunas palabras en voz baja, y en seguida el primero se abalanza con los brazos abiertos hácia el desconocido, estampando al mismo tiempo en sus mejillas una multitud de estrépitosos besos, costumbre italiana, que sea dicho de paso, nos desagrada altamente. El otro contestó con igual efusion á sus caricias; mas pasado el primer ímpetu, y notando que estaban siendo el objeto de la curiosidad general, salió con su compañero del palco y del teatro, no volviendo á parecer en toda la funcion. Esto no quitó á los curiosos la esperanza de saber por fin quién era aquel estranjero; pues habia muchos entre ellos que habian reconocido en el jóven de los abrazos al *signor Giáccomo Visconti*, heredero de una de las mas ricas y nobles familias de Italia.

Dejemos á estos señores con sus esperanzas, y sigamos á los dos amigos, cuya conversacion interesa muchísimo al lector para la inteligencia de esta verdadera historia.

IV.

Van los dos amigos, los brazos entrelazados, la mano diestra del uno en la siniestra del otro, atravesando las tortuosas y mal alumbradas calles que guian desde el teatro de la *Valle* á la *piazza della Minerva*. Mil preguntas sin órden ni concierto, interrumpidas por

esclamaciones de sincera alegría, dirigia el jóven italiano á su silencioso compañero, quien solo respondia á ellas con monosílabos. Era de ver el estraño contraste que formaban aquellos dos jóvenes casi de una misma edad (ambos no pasaban de veinte años), educados en el mismo país, en el mismo colegio, y unidos por la mas poderosa simpatía. Visconti era de mediana estatura, blanco, rubio, bien proporcionado, y de movimientos fáciles y elegantes. Sus ojos azules, cuya espresion habitual era la benevolencia y el cariño, podian en ocasiones lanzar aquellas miradas que equivalen á un reto á muerte; y sus formas blandas y mórbidas como las de una mujer, tomaban cuando lo agitaba la cólera, la musculosa rigidez que se hubiera exigido á un gladiador de los antiguos dias. Su compañero, mucho menos hermoso, era sin embargo mucho mas interesante: de estatura algo mas que mediana, robustas y esbeltas formas, y facciones duras, pero espresivas, cuando la indignacion animaba su semblante, pocos hombres habrian podido sostener con impavidez el fulgoroso brillo de sus negras pupilas; pero si al contrario, la ternura ó cualquiera otra de las apacibles afecciones del alma, venia á suavizar la habitual aspereza de su fisonomía, entonces pocas personas podian resistir al indecible encanto que le rodeaba como una misteriosa aureola. Aquellos hombres tan desemejantes tenian, empero, mas de un punto de contacto en sus cualidades morales, y en los años que pasaron juntos en uno de los primeros colegios de Paris, habian contraido tan estrecha y tierna amistad, que al parecer solo la muerte hubiera sido bastante á interrumpirla ó debilitarla.

Uno de los mas estraños fenómenos del mundo moral, y tal vez de los que mas frecuentemente ve reproducirse en él el hombre pensador, es esa irresistible fuerza de atraccion que ejerce el fuerte sobre el débil, el áspero sobre el cariñoso, el de carácter juicioso y reposado sobre el aturdido. Decididamente la naturaleza humana ama los contrastes.—Mas de una coqueta avezada á mirar con indiferencia los homenages de mil adoradores, encadena su corazon al del primer hombre sensible que la casualidad puso en su camino, y no pocos hombres de carácter grave y tendencias filosóficas dan al traste con sus hábitos y teorías ante los negros ojos y juguetona sonrisa de la primera niña casquivana, á quien su buena ó fatal estrella les acercó en la vida.—Y bien ó mal, sigue su curso el mundo, y se perpetúa nuestra miserable especie humana. Argumento ter-

rible contra los que quieren aplicar á la sociedad el eterno principio sobre el cual fundau los propagadores de la medicina homeopática su decantado sistema curativo. Al *similia similibus curantur* (1), puede muy bien sustituirse el otro axioma de los alopáticos, aplicado por supuesto á las enfermedades á que está sujeta el alma en nuestra gangrenada sociedad; y puesto que el amoı es la panacea del alma, yo diria, ó mejor diré: *Contraria á contrariis amantur* (2).

Iban, como ya he dicho, los dos amigos, los brazos entrelazados, la mano del uno en la del otro, hablando mucho Visconti, pues su cariño se espresaba ruidosamente; respondiendo poco Hébert, porque pertenecia á aquella clase de hombres que sienten demasiado bien para no desconfiar de la débil espresion de las palabras, cuando se trata de pintar los afectos profundos del corazon.

Llegaron, por fin, á la *piazza della Minerva*, y entraron á la famosa posada [*Locanda*], que lleva el mismo nombre, palacio suntuoso que perteneció en mejores dias á una de las mas ilustres familias de Italia. ¡Tales son las terribles revoluciones del tiempo!—Yo he visto á orillas del *Escamandro* pacer las innobles cabras sobre las tumbas de aquellos héroes (3), cuyos nombres, atravesando cerca de treinta siglos han llegado hasta nosotros, repetidos por la poderosa voz del anciano ciego de *Smirna* (3).—He visto en el lugar en donde fué *Corinto*, levantarse un aduar de mezquinas casucas, formadas empero de capiteles, columnas truncadas, pedestales, cornisas y basamentos de templos y palacios que un dia fueron la admiracion del mundo, y al presente bastan apenas para defender de la intemperie á la degenerada descendencia de tan ilustres abuelos! He visto finalmente en esa Italia, tierra predilecta de los hombres y de los dioses, del genio divino y de los humanos, pero no por esto, menos gratos placeres; he visto, digo, los altivos palacios que edificaron aquellos turbulentos señores, cuyos nombres llenan las páginas de la historia de la edad media, ser ahora el lugar en que oscu-

(1) *Curar los semejantes con sus semejantes.*

(2) *Que podria traducirse: los caractetes opuestos se atraen mútuamente.*

(3) *Dc Patroclo y Antíloco segun unos.—Segun los mas, de Aquiles y Patroclo.*

(4) *Homero.*

ros y mercenarios estranjeros ejercen una innoble industria.— Subieron los dos amigos hasta el piso segundo de aquella casa, y entrando en el cuarto que en él ocupaba nuestro héroe, y estableciéndose Visconti cómodamente en un ancho sillon que habia al lado de la chimenea, dirigió á su amigo la siguiente interpelacion:

—Vamos, Cárlos, es preciso confesar que eres un hombre afortunado. ¿Creerás que hace ya mas de quince dias que no oigo otra cosa en las tertulias, en los teatros, en los cafés y en los paseos, que conjeturas que acerca de tu noble persona forman todas, nuestras hermosas, todos nuestros elegantes, y hasta nuestros hombres de Estado nuestros eminentísimos cardenales? ¡Vaya! no debes quejarte de no haber hecho sensacion en la ciudad que se da á sí misma el modesto título de *Caput orbis!* ¡Cuán lejos estaba yo de sospechar que el misterioso personaje y mi mas querido amigo eran una sola y misma persona! Pero ¡vive Dios! que te habrias reido de muy buena gana, si hubieras podido oir los cuentos que acerca de tí han corrido y corren aún en nuestros mas altos círculos. Hay quien te cree nada menos que una *alteza*, y pocos te rebajarian lo mas mínimo una *escelencia*....

—Poco se necesita, querido Giácomo, para obtener este último tratamiento en tu bella Italia. Sé largo en dar *buena mancía* (1) y serás *altissimo*, *escelentíssimo*, *nobilíssimo*, *eggregio*, y qué sé yo que mas.... Verdaderamente que no sé qué me causa mas pena, si ver este hermoso país tan decaido de su esplendor antiguo, ó el envilecimiento increible en que yacen hoy los descendientes de aquellos hombres indomables que fueron el terror del mundo.

—Poco á poco, *caro fratello mio*, cuidado, no vayas á parecerte al vulgo de los viajeros que recorren anualmente este país sin estudiarlo á fondo, y que semejantes á un profano, quien no solo destituido de nociones artisticas, sino tambien del instinto natural de las constituciones bien organizadas, visitase nuestros admirables museos, sin ver en ellos sino el mas ó menos brillante colorido de nuestras obras maestras de pintura, visitan esta tierra tan desgraciada como bella, sin detenerse mas que en el aspecto esterior. Esto es cuando se detienen... que por lo comun esos señores al salir de su país

---

(1) *Propina.*

ya tienen formado su juicio sobre los que van á visitar, apoyándose en las relaciones mas ó menos poéticas, pero siempre mentirosas, de algunos visionarios que antes que ellos los visitaron; ó lo que es aun peor, de algun fabricante de esos estúpidos libros llamados hoy *impresiones de viaje.*

—Todo eso tiene sin duda gran parte de verdad, querido Giácomo; pero tú no puedes negarme que la Italia....

—¿Está muy decaida?....¿quién lo duda?.... Lo que sí niego, y lo niego con el mas íntimo convencimiento, es que hayan desaparecido del todo en este suelo las eminentes virtudes que un dia le hicieron el primero del mundo. Los que despues de haber recorrido la Italia, han escrito que el valor antiguo no era ya parte constituyente del carácter italiano, ó escribieron simplemente lo que inventaron, haciendo novela de la historia, ó con dañada intencion desfiguraron lo que vieron, y entonces son unos infames calumniadores. En las varias tentativas que en estos tiempos ha hecho la Italia para sacudir el yugo de sus tiranos, se han visto infinitos jóvenes de 14 á 16 años tomar una parte activa en los peligros que naturalmente se corrian en aquellas poco meditadas empresas, y sucumbir valerosamente no solo en los campos de batalla, que este valor es dado á casi todos los hombres, sino en los cadalsos políticos, ensangrentados con tanta frecuencia por nuestros imprevisores mandarines.... Ahí está, si no, la matanza de Bolonia. Pero no nos metamos en discusiones de esta naturaleza. Díme ¿qué te trae á Roma, de dónde vienes, y qué has hecho desde que nos separamos en Paris?

—A fé mia, caro Giácomo, que eres el mismo de entonces. Aun conservas la costumbre de hacer una docena de preguntas á la vez... Ahora afortunadamente te has limitado á la cuarta parte, y aun así tendrás que contentarte con que conteste á las dos primeras. Me trae á Roma la Semana Santa y vengo de Paris.

—¿Y por qué no á la tercera?

—Porque esto me obligaria á contarte una historia demasiado larga, y lo que es mas, demasiado penosa para mi corazon.

—Como gustes. Empero, ya sabes aquel refran que dice que los males comunicados se alivian....Ademas, paréceme que nuestra amistad me da derecho para resentirme de tu falta de confianza.

—Si lo tomas por ese lado, me obligarás á fastidiarte dos horas con el cuento de mis aventuras, que bien pudiera llamar desventuras.

—Impórtame poquísimo el tiempo que emplees. Pero ya sabes que no soy romano....Como forastero, aunque tengo aquí muchos parientes que me habrian recibido en su casa con mil amores, he preferido la vida mas independiente de una fonda. Vivo en la de Alemania, *Via Condotti*, cerca de *piazza dí Spagna*. Las fondas están siempre abiertas, y ademas aquí podemos dormir los dos en caso necesario.

—Siendo así, comienzo....

—Aguarda....Encenderé un cigarro....así se escucha mejor.

V.

Historia de un hombre feliz desgraciado.

—Tú no sabes probablemente de mí y de mi familia, sino lo que corria entre nuestros compañeros de colegio; confusa mezcla de absurdos y verdades, debida á la imaginacion africana, y en gran parte á la malicia de mi *groom*, como vosotros le llamábais, del negro *Tohu*. Por consiguiente, tengo que darte algunas noticias preliminares, para que entiendas mejor los acontecimientos posteriores á nuestra separacion.

Mi padre, descendiente de uno de aquellos barones normandos que acompañaron á Guillermo el Conquistador á Inglaterra, y por consiguiente orgulloso como un rey, habia sido muy aficionado á los viajes en su juventud. En uno de estos que hizo por la América del Sud conoció á mi madre, la cual descendia por su parte de uno de aquellos hidalgos tan valientes como pobres que siguieron á los Corteses y Pizarros á la conquista de aquel mundo que el genio del inmortal Colon añadió á los vastos dominios de los reyes de Castilla. Ya sabes que aun cuando no tan alto como lo suponen algunos de tus paisanos, mi orígen es bastante claro para que no lo desdeñasen la mayor parte de esos condes, duques y marqueses cuya nobleza data de mucho menos antigua fecha. Pero vamos á mi cuento.

Mi madre era muy hermosa, y violentamente enamorado mi padre, pidió su mano, la obtuvo, y se casó con ella, sin solicitar el permiso de un tio de quien dependia, y se contentó con participarle su boda. El viejo Baronet, justamente indignado, le escribió diciéndole que ya que él habia dispuesto de su persona por sí y ante sí,

esperaba que encontraria natural que hiciese él lo mismo con la fortuna que antes le destinaba.

—Tio habia de ser, esclamó Visconti.... Todos los tios son lo mismo.

—Mi padre debió sentir este golpe que le privaba de una fortuna considerable; pero la altivez de su carácter se lo hizo menos sensible. Contestó al Baronet, que nada era mas justo que lo que le comunicaba, y que podia vivir seguro de que jamas lo importunaria bajo ningun concepto. Desde aquel tiempo cesó toda correspondencia entre ellos, y algunos años despues supo por los periódicos ingleses la muerte del rencoroso viejo, quien en su testamento dejó dispuesto que se sorteara toda su fortuna entre los doce niños de la inclusa que mostraran mas disposicion y talento.

—¡Verdadera estravagancia inglesa!

—Por aquel entonces era teatro toda la América del Sud de la guerra mas encarnizada. Guerra horrible y esterminadora.—Verdadera lucha de gigantes, cuyo resultado fué la emancipacion total de aquellos vastos dominios del cetro español. Ninguna de las contiendas civiles de que nos habla la historia fué sostenida con mas encarnizamiento, ni ofreció tantos horrores como la guerra del Sud-América. Por una parte pugnaban los antiguos señores de aquel continente por restablecer en él su ya caduco imperio; y para ello contaban con tropas europeas numerosas y aguerridas, recursos de todas clases, y el apoyo de casi todos los americanos de nacimiento distinguido. Por otra, el genio de un hombre, del inmortal caudillo Simon Bolivar, se esforzaba en libertar á su país del yugo estranjero, apoyado solo en una parte de la poblacion de aquellas vastas regiones, creando de un modo casi fabuloso ejércitos invencibles, formando á su lado grandes generales, y atravesando con un puñado de venezolanos aquella inmensa estension de terreno que separa á Venezuela del Perú; hazaña increible, sobre todo si se atiende á que todo el país estaba lleno de ejércitos enemigos que era forzoso vencer marchando, y á que la naturaleza presenta en aquellas comarcas obstáculos de gigantescas dimensiones. Por cordilleras, los Andes; por rios, el de las Amazonas y el Orinoco.

Perdona que me detenga con complacencia cuando hablo del país en que nació mi madre. Comarca afortunada, pues que vió nacer en su seno á casi todos los libertadores de aquel mundo. Miranda-

Bolivar, Sucre, Flores, Paez, é infinitos otros cuya nomenclatura seria demasiado prolija, vieron la luz en el suelo venezolano.

La familia de mi madre siguió la suerte de otras muchas; parte de sus individuos siguió la causa de los españoles, parte abrazó la de la patria; y como sucede en estos casos, olvidando los dulces lazos de la sangre para solo dar oidos á los intereses de partido, empezaron por mirarse con ojeriza y acabaron por perseguirse como mortales enemigos. Mi padre, que profesaba al libertador una amistad entusiasta, siguió sus banderas y tomó parte activa en casi todas aquellas sangrientas batallas que diezmaron la flor de la poblacion americana. En 1821, pareciendo ya indudable el triunfo de la libertad, y encontrándose mi padre con cuatro hijos y enteramente arruinado, pues la guerra habia asolado completamente la provincia en que tenia sus haciendas, trató de retirarse del servicio y dedicarse á otra carrera mas productiva. Ni las instancias de sus amigos, ni la posicion elevada que tenia en el ejército (era ya general de division), fueron bastantes á disuadirle de su propósito. Retiróse, pues, y cuando se ocupaba en invertir de un modo ventajoso los cortos intereses que le quedaban, recibió una carta de uno de sus tios maternos, establecido hacia largo tiempo en la India, el cual le invitaba á reunirse con él ofreciéndole instituirle heredero de su cuantiosa fortuna......

—He aquí un buen tio. ¿Supongo que tu padre aceptaria?

—Sin vacilar. Arregló lo mejor que pudo sus asuntos, y trasladándose con todos nosotros á Lóndres, aprovechó el primer buque que despachaba la compañía de Indias, y llegamos despues de un largo y penoso viaje á Calcuta, que era el lugar de la residencia de nuestro tio. Paso en silencio los años felices de mi infancia, y los no menos afortunados que pasamos juntos en nuestro caro colegio de Enrique IV; y me pondré de un salto en la época en que terminada nuestra educacion escolar, nos separamos, tú para reunirte en Italia con tu familia, y yo para Inglaterra, en donde debia encontrar á mi hermano Jorge, educado en Alemania, y marchar juntos á Calcuta.

—¿Aquel hermano tan versado en las lenguas sabias de que me hablabas en el colegio?

—El mismo. Es el mayor de la familia. Doctor de la universidad de Leipsik, y versado profundamente en la filosofía alemana.

miraba con el mas humillante desprecio los estudios que se hacen en Francia, no perdiendo ocasion de zaherirme por lo que él llamaba *ma trompeuse surface* (1). Realmente era muy superior á mí en ciertos estudios, que por lo general se hacen en Francia muy lijeramente, y solo como un adorno complementario. Sabia á fondo el árabe, podia criticar algunos versos de Homero, y hablaba en latin como cualquiera en su lengua nativa.....

—¡Diablo! ¡Era todo un sábio!

—Bien sabes tú hasta qué punto llegamos del latin y griego, y que no tuvimos ocasion siquiera de saludar el árabe. Para desquitarme yo criticaba desapiadadamente sus faltas de pronunciacion francesa, y le daba crueles zumbas sobre la aplicacion ventajosa que podrian tener sus profundos estudios en la vida que nos esperaba en la India. Durante nuestro viaje á Calcuta, no cesó ni un dia entre nosotros este continuo tiroteo de invectivas, y al llegar á la casa de nuestros padres, si no éramos precisamente enemigos, nos profesábamos toda la mala voluntad posible entre los hijos de una misma madre. No tardó mucho el general en notar nuestra desunion, y lejos de emplear su paternal influencia en destruirla, la encarnizó mucho mas poniéndose siempre de parte de mi hermano.

—Eso era muy injusto......

—Su preferencia era justificable hasta cierto punto. Mi hermano era, como ya te he dicho, el primogénito; y ademas, mi padre, habiendo recibido él mismo una educacion bastante descuidada, no podia menos de sentir la superioridad de Jorge, y tenia por él una especie de respeto. Por otra parte, como buen inglés, daba la preferencia á los estudios filosóficos de la escuela alemana, sobre los menos profundos, aunque mas amenos y variados de la francesa. A esto se añadia que mi hermano era su verdadero retrato: blanco y rubio como un hombre del Norte, nadie habria sospechado que habia visto la luz en una comarca meridional, y que la mitad de la sangre que corria por sus venas era sangre española. Yo, sin tener las delicadas facciones de mi madre, tenia con ella, sin embargo, una gran semejanza. Teniamos los mismos ojos, los mismos cabellos, la misma tez; y yo era el único de sus hijos que ella habia criado á sus pechos. Estas circunstancias, unidas á la preferencia vi-

(1) *Mi engañosa superficie.*

sible que daba mi pádre á Jorge, aumentaron la ternura que sentia por mí Su lengua nativa era la española, y fué tambien la primera que oimos en nuestros primeros años. Mi hermano la habia casi olvidado por la falta absoluta de práctica; no así yo, que mas cerca de España, habia tenido frecuentes ocasiones de hablarla, y me habia dedicado con ahinco al estudio de la riquísima literatura de aquella nacion. Este era un motivo mas de cariño entre mi madre y yo, pues solo conmigo hablaba su lengua. Mi padre y Jorge hablaban siempre inglés ó aleman, y mis dos hermanas Emilia y Fanny, aunque sabian medianamente el español, frances é italiano, preferian hablar inglés, que era, por decirlo así, su lengua nativa, habiendo dejado su país natal en los primeros dias de su infancia.

En este estado se hallaban las cosas, cuando un incidente fortuio vino á darles un giro totalmente nuevo y decisivo, especialmente para mí.

—¡Hola! ¿parece que aquí empieza el drama?—Prosigue: te escucho con la mayor atencion.

—Un drama poco festivo. En aquella vida monótona que teniamos, solia yo emplear casi diariamente algunas horas en dar largos paseos por el Ganjes, ya solo, ya con mis hermanas y uno que otro amigo de mi padre. Un dia en que, como sucedia con frecuencia, iba solo, y segun costumbre reclinado sobre los cojines del fondo de la barca, leyendo uno de mis poetas favoritos, sentí una fuerte sacudida y al mismo tiempo un grito de suprema angustia. Púseme instantáneamente de pié, y un espectáculo horroroso se presentó á mi vista. Los remeros distraidos no repararon en una pequeña barca que subia el rio en direccion opuesta, y en la cual iban dos señoras; los otros tambien se descuidaron ó no pudieron evitar el choque. Lo cierto es que las barcas se encontraron con violencia, y la nuestra, mucho mas grande y fuerte, hizo zozobrar á la otra. Verlo, despojarme de mi frac y arrojarme al rio, fué obra de un instante. Dirigíme hácia una de las dos señoras á quien sus vestidos mantenian aún sobre la superficie de las aguas, y dos de mis remeros á la otra.—En un momento descansaban las dos náufragas sobre los cojines de mi barca, desmayadas mas bien del susto que de otra cosa, pues la prontitud de nuestro socorro impidió que pudieran tragar agua. Parecian madre é hija por la semejanza de sus fisonomías y la diferencia de sus edades; á mí me habia tocado salvar

á la mas jóven, y estaba á su lado espiando el momento de que volviera en sí. Juzgad cuál seria mi sorpresa, cuandc entreabriendo dos hermosísimos ojos, y fijándolos en mí durante algunos segundos, esclamó:

—¿Sois vos, M. Hébert, quien me ha salvado?

Aquella voz, por mas dulce é insinuante que fuese, no evocaba en mi corazon ningun recuerdo, y permanecí algunos instantes sin contestar, mirando á la hermosa inquisidora como alelado. Al fin recobrándome, la contesté afirmativamente; y ella se deshizo en finas protestas de agradecimiento, dirigiéndose en seguida hácia donde estaba la otra señora, la cual tambien empezaba á recobrarse. Eran efectivamente madre é hija, y la primera, uniendo sus protestas á las de la hermosa jóven, me dijo que yo no les era desconocido, puesto que viviendo bastante cerca de la casa de mi padre, habian tenido frecuentes ocasiones de verme desde un terrado de la suya que daba sobre nuestro jardin.

—Ya entreveo, dijo festivamente Giácomo, un episodio amoroso. Continúa....

—Para abreviar en cuanto pueda mi relacion, te diré que desde aquel dia no pasó uno sin que yo no fuera á casa de aquellas seño ras. La madre era viuda de un coronel al servicio de la compañía de Indias, el cual á su muerte no le habia dejado sino la pension de que disfrutan las viudas de los oficiales pertenecientes á aquel ejército.

No pasó mucho tiempo sin que se establecieran entre Lucy [este era el nombre de la jóven] y yo relaciones demasiado sérias para mi edad. La madre, por su parte, aparentaba no advertirlas, y digo que aparentaba, por lo que mas adelante sabrás. Nos dejaba solos horas enteras, y lo que debia suceder, aquel amor que comenzó por ser un pasatiempo, llegó á convertirse para mí, así lo creia al menos entonces, en un compromiso de honor. Lucy habia sido mia, y segun ciertos indicios, nuestra falta iba á tener pronto un resultado visible. En aquel estremo me era forzoso tomar una resolucion, y no atreviéndome á hablar directamente á mi padre, confié á mi tierna mamá toda la historia, y le rogué que fuese ella la intercesora para con aquel, puesto que yo sabia que se negaria á dar su consentimiento, atendida mi corta edad.

Dos ó tres dias despues de esta confidencia, cuando mi madre ou

habia aún encontrado una ocasion favorable para entablar el negocio, recibió el general una carta de Bombay que le obligaba á partir para aquel puerto al dia siguiente. Mi hermano Jorge habia partido hacia poco tiempo para el interior del país, con una caravana de sabios europeos, que se proponian averiguar lo cierto de varias cuestiones que los dividian acerca de algunos de los dialectos índicos, y por consiguiente, tuve yo que acompañar á mi padre. Inútil es que te refiera las ardientes protestas que nos hicimos Lucy y yo en presencia de su madre, pues ya sabia esta nuestros amores la noche antes de nuestra marcha. Yo amaba por primera vez, y amaba con la fé y entusiasmo del primer amor; amaba á una mujer hermosísima que me lo habia sacrificado todo confiando en mi lealtad, y partí haciéndola mil juramentos de volver pronto á llamarla esposa mia.

—Me parece que no era todo eso de muy buena ley por parte de esas señoras, interrumpió Visconti.

—Oye hasta el fin y lo sabrás. Llegamos felizmente á Bombay, y mi padre arregló satisfactoriamente los negocios que le habian llevado allí, en poco mas de dos semanas. Nos debiamos reembarcar dentro de dos ó tres dias, y mi corazon palpitaba de gozo á la sola idea de volver á ver á mi Lucy, mas la suerte lo habia decretado de otro modo.

La antevíspera de nuestra salida, estábamos mi padre y yo en un café que da á la marina. El leia atentamente los diarios ingleses, y yo bostezaba esperando la hora en que acostumbrábamos retirarnos á la posada, cuando de pronto entraron en la sala hasta seis oficiales ingleses. Ocuparon una mesa próxima á la nuestra, pidieron ponche y pipas, empezaron á charlar desaforadamente. Por de pronto no presté la menor atencion á sus discursos; pero habiendo herido mis oidos un nombre harto conocido, escuché con avidez.

—Es muy original, señor Monton, lo que nos contais, decia el de mas graduacion de aquellos oficiales que era capitan; ¿sabeis que es una historia muy curiosa?

—Mi capitan, contestó aquel á quien se dirigia, por mas curiosa que os parezca, es la pura verdad. La viuda del coronel *Stirling* me hizo siempre la guerra mas encarnizada, pues no queria casar á su Lucy con un pobre alférez; pero cuando hubo penetrado que las

cosas habian ido demasiado adelante entre nosotros, varió de táctica, y á no ser por el accidente que os conté antes. que las puso en relaciones con ese jóven Cárlos Hébert, creo que me habria rogado con la mano de su hija.... Pero aquel baño casual, hizo nacer en el corazon de la viuda esperanzas mas elevadas.... Efectivamente, casar á su Lucy con uno de los hijos del opulento general Hébert, era muy distinto que casarla conmigo: el jóven se habia enamorado perdidamente, y la viuda me suplicó en una conferencia que tuvimos, que no perjudicase á su hija mas de lo que lo habia hecho, oponiéndome á un matrimonio que ella miraba como probable. Yo, aunque en realidad deseaba ya descartarme de aquel compromiso, me hice de rogar, y al fin prometí lo que de mí se exigia. Sin embargo, Lucy y yo hemos continuado escribiéndonos, y segun la carta que he recibido hoy por el paquete, el casamiento es ya un hecho cierto. Ya veis, mi capitan, que será una cosa muy agradable tener sin riesgo alguno una querida tan hermosa como Lucy.

Desde el principio de esta relacion, habia yo notado que mi padre escuchaba atentamente aparentando leer. Esto me impidió el desmentir cien veces á aquel oficial; pero al oir sus últimas palabras, ya no pude contenerme mas. Arrojéme sobre él, y agarrándole violentamente por el cuello de su uniforme, esclamé:

—Mentís, caballero, ¡sois un infame calumniador!

Mi brusco ataque dejó parados á todos aquellos hombres; pero recobrados de la primera sorpresa se echaron sobre mí, y me hicieron soltar la presa. Mi contrario entonces me dijo con la mayor flema mientras que se arreglaba el corbatin descompuesto con mi brusca acometida.

—No sé quién sois; pero me habeis insultado y maltratado, y me debeis una reparacion. Capitan Petterson, vos sereis mi padrino. Buscad vos el vuestro al instante.

—Ya lo tiene, dijo detras de mí la voz de mi padre; decid vos el sitio, la hora y las armas.

—La alameda oriental.... á las siete de la mañana.... pistolas y floretes, contestó lacónicamente mi antagonista, y saludándonos gravemente con sus demas compañeros, salieron todos del café.

Un instante despues salimos tambien nosotros, y en el tránsito de allí á casa no desplegó mi padre sus labios. Luego que llega-

mos, me dijo que le siguiera á su cuarto, y allí me ordenó que le refiriese todas mis relaciones con las señoras Stirling. Hícelo sin omitir nada, y despues que hube acabado, me dijo con grave tono:

—Aquí no veo sino una cosa clara y terminante, y es que mañana vais á batiros probablemente á muerte por una mujer que no lo merece; pues aun rebajando tres cuartas partes de la relacion del oficial, queda lo bastante para convencerse de que ambas mujeres han querido especular con vuestra inesperiencia. Pero el dado está tirado, y no se puede recojer sin deshonor.—Vos tirais bastante bien la pistola; pero no sé si sois de la misma fuerza en el florete ¿Quereis que probemos un poco?

—Como gusteis, padre mio, le respondí; y llamando á nuestro criado, le dije que nos proporcionara floretes y máscaras.

Al cabo de algunos minutos volvió el criado con lo que necesitábamos, y haciéndole iluminar bien el cuarto, empezamos. Al principio me limité á marcar solamente, contenido por el respeto, pero mi padre me dijo:

—Cárlos, si tiras tan flojo, eres hombre muerto por poco diestro que sea tu adversario; mas creo que no descubres todo tu juego Tírame como tirarás al inglés mañana.

Cruzamos de nuevo los floretes, y de cuatro estocadas, recibió mi padre tres en medio del pecho.

—¡Eso sí! eso sí se llama tirar, gritó el general, y arrojando la espada, vino hácia mí, y me estrechó entre sus brazos con efusion. Era quizá la primera vez que me acariciaba mi padre de aquel modo: y no pude menos que demostrarle mi admiracion al mismo tiempo que le devolvia sus abrazos.

—¡Hijo mio! me respondió cariñosamente, tú no sabes que yo te debia una reparacion. En Calcuta, viendo que preferias la socie dad de tu madre á la mia, te he creido afeminado; y esta noche cuando oí aquella historia en que se pronunciaba tu nombre y el de esa mujer, y ví que permanecias impasible, hubo un momento en que te creí cobarde. Perdóname, hijo mio; pero aquí el antiguo solda do vence al padre. Te creo valiente, y á riesgo de tu vida quiero que los demas tengan de tí la misma opinion. Ahora acuéstate, y haz por dormir. Nada altera tanto el pulso como una mala no che, y mañana necesitas tenerlo muy sereno.

Fuíme á mi cuarto y me metí en seguida en la cama; pero por

mas que hice, no me fué posible dormir. Nada me importaba el duelo, pues bien sabes tú cuántos lances de aquella especie tuve en Paris en los últimos años de nuestros estudios. Mas la idea de la infamia de aquella mujer, que hasta entonces habia considerado bajo tan distinto aspecto, me tuvo en continua tortura, y no pude conciliar el sueño hasta que ya comenzaba á despuntar el día. A las seis y media vino á despertarme mi padre, y un cuarto de hora despues estábamos en la alameda oriental, á donde no habian llegado aún mi contrario y su testigo. No se hicieron esperar mucho, y al cabo de algunos minutos se nos reunieron. Mi padre llevaba debajo de su leviton dos espadas perfectamente iguales, y una caja de pistolas en el bolsillo. El capitan Petterson venia tambien provisto de iguales armas. Este último, despues del cambio recíproco de los saludos de costumbre, dijo dirigiéndose á mi padre:

—Caballero, me parece racional que antes de que se verifique este duelo, examinemos con frialdad el incidente que lo ha ocasionado. Ese jóven ha insultado gravemente á mi camarada, al parecer sin ninguna razon y sin el menor antecedente, puesto que Morton asegura no haberle visto en su vida.

—Señor capitan, contestó mi padre, pocas palabras bastarán, pues que sois militar y hombre de honor, para que comprendais la conducta de mi ahijado; su nombre será suficiente. Ese jóven se llama Francisco Cárlos Hébert.

Al oir mi nombre, retrocedió el capitan un paso, y mi contrario palideció visiblemente. Repúsose presto sin embargo, y dijo con tranquila voz:

—En ese caso, el tiempo que se gaste en hablar es perdido. ¿Qué arma escogeis, M. Hébert?

—Me es indiferente, contesté: elegid vos.

—¡Pues bien! la espada; y empezó tranquilamente á quitarse el uniforme.

—Yo le imité, mientras que mi padre y el capitan examinaban los floretes. Al presentarme el general el mio, me apretó la mano saltándosele las lágrimas; pero yo, que tenia grande confianza en el conocimiento del arma, le dije en voz baja:

—No temais, padre mio....

Un momento despues empezó el combate, y á los primeros pases conocí que tenia que habérmelas con un enemigo temible. El alfé-

rez Morton partia á fondo ó paraba con una precision matemática tal, que parecia un maestro de armas tirando con boton en un asalto; pero afortunadamente yo tenia mas agilidad, y aprovechándome del descubierto en que lo dejó una parada no poco tardía, le dí una recia estocada por debajo de la tercera costilla. Vaciló un poco sobre sus piés, y luego cayó redondo al suelo. Un grito de salvaje alegría se escapó del angustiado pecho de mi padre, y ofendido el capitan, que habia corrido á socorrer á su amigo, esclamó:

—¡Caballero! no creo que deba complacer á nadie la muerte de un valiente. Parece que habeis servido, y por esto me es mucho mas estraña vuestra conducta.

—Es mi hijo, capitan, mi propio hijo. ¿Quereis oponeros á la alegría de un padre en un caso semejante?

—General, contestó el capitan, perdonadme; yo ignoraba quién fuéseis De todos modos, es una cosa muy triste ver morir así á un jóven bizarro por tan indignos motivos.

Entretanto, yo, que creia muerto á mi contrario, advertí entonces que hacia esfuerzos por incorporarse haciéndome señas de que me acercase. Hícelo así penetrado de horror, pues tenia el firme convencimiento de que su herida era mortal, y subió de punto mi pesar al oir estas palabras que me dijo trabajosamente:

M. Hébert, yo creo que no sobreviviré mucho á esta herida; pero quiero probaros que no soy un calumniador, y haceros al propio tiempo un gran servicio. Juradme antes por vuestro honor que no abusareis de lo que voy á revelaros, y que no hareis ningun escándalo.

—Os lo prometo, respondí enternecido; pero no os fatigueis.... vuestra herida puede no ser mortal, y....

—Yo no me alucino, M. Hébert; sé hasta dónde ha penetrado la punta de vuestra espada, solo un milagro podria salvarme; pero no perdamos el tiempo.... Allí en mi uniforme encontrareis, entre otros papeles, una carta con el sello de Calcuta. Leedla, y luego rompedla ó quemadla. Sobre todo, acordaos de vuestro juramento. Ahora, caballero, marchaos, y enviadme nuestro coche que encontrareis al fin de la alameda.

Tomé la carta y me despedí, con el corazon oprimido, de aquellos caballeros. Mi padre se quedó allí mientras llegó el coche, y luego vino á reunírseme diciéndome que Morton se habia desmayado al

ponerle en el carruaje. Despues he sabido que aquel valiente oficial se restableció completamente de su herida, sin lo cual tendria yo que lamentar eternamente aquel desgraciado lance.

—¿Y qué hiciste de la carta? Qué decia?

—En ella detallaba Luci á su amante las esperanzas que le sugerian mi candidez y credulidad. Añadia que solo la necesidad de pensar en el porvenir y darle un padre á su hijo, podian decidirla á dar su mano á un hombre por quien no sentia el menor afecto, y concluia haciéndole mil protestas de su eterna constancia.

Al llegar á la posada, hice mil pedazos aquel odioso papel, y al dia siguiente dimos la vela para Calcuta. El viaje fué corto y feliz, y es inútil decirte que no volví á ver aquellas falsas mujeres, á pesar de que permanecí varios meses en Calcuta. Al fin, viendo mi padre que mi tristeza iba en aumento, me propuso un dia que viniese á viajar por Europa. Acepté, y abriéndome el general un crédito ilimitado en la casa de sus corresponsales de Lóndres, volví á dejar la casa paterna un año apenas despues de vuelto á ella. Mañana hará ocho meses que salí de Calcuta, y aun no sé cuándo me resolveré á volver á aquellas para mí fatales riberas.

—He aquí, *caro fratello mio*, el argumento de una novela, y en verdad que con un poco mas de aliño, algunos diálogos mas, y una que otra peripecia trágica, seria una novela soberviamante dramática. Mas veo que hoy no estás para chanzas; el reloj de tu chimenea señala la una, y creo que es racional que te metas en la cama.—¡Addio!—¿Volverás mañana por aquí? dijo Hébert.—Sin duda alguna. —Vendré por tí á las diez y nos irémos á almorzar á casa de *Bertini*. Es el mejor restaurador de Roma, y ademas está en el *Corso*. ¡Addio!

VI.

Las funciones de Semana Santa, y las fiestas de las subsiguientes pascuas habian terminado hacia mas de ocho dias, y el jóven Hébert no hablaba aún de dejar á Roma. Giácomo, su constante compañero, se maravillaba del entusiasmo artístico que se habia apoderado de él, pues recordaba que durante la permanencia de ambos en Paris, Hébert, aunque mostraba hacer grande aprecio de las artes y de los artistas, no se habia dedicado á ninguna de aquellas,

esceptuando la música, y especialmente el piano, al cual se dedicó algun tiempo, haciendo pasmosos adelantos: pero habiendo oido en un concierto particular al célebre *Liszt*, cuya música es á veces estravagante, pero siempre sublime, abandonó bruscamente sus estudios musicales, y no volvió á abrir su piano, regalándolo de allí á poco á la hija de uno de sus conocidos.

Ahora pasaba mañanas enteras en los museos de pintura y escultura que son tan comunes en Roma, y rara era la noche de luna en que no iba á pagar un tributo de admiracion á las solitarias y pintorescas ruinas de la altiva ciudad de los Césares. Ruinas llenas de poesía, en cuyo recinto no tardará en penetrar la invasora civilizacion moderna con sus prosáicos ferro-carriles, despojándolas de su mayor encanto—la soledad y el silencio. Y ¡quién sabe hasta dónde llevará su sacrílega profanacion el espíritu especulador, que es el principio vital de este nuestro siglo de hierro! Tal vez no pasen muchos años sin que un tropel de avaros mercaderes, dignos imitadores de Paulo II (1), vengan *¡O Colosseo!* á calcular sin respeto á tu ancianidad é infortunios, el número de modernos edificios que podrian erigirse con tan gigantescos despojos!

Por tanto, ¡oh vosotros, artistas inspirados, poetas sublimes, sabios anticuarios, sensibles viajeros! apresuraos si quereis llegar á tiempo.—¡Apresuraos si quereis descansar algunos instantes á la sombra de las majestuosas ruinas de la que fué reina del mundo! ¡Dentro de poco, tal vez recorreríais infructuosamente aquel suelo soberano en busca de algun vestigio que fuese para vosotros inagotable fuente de inspiraciones sublimes, de eruditas conjeturas ó filosóficas meditaciones! ¡Corred, volad á Roma, si quereis llegar á tiempo!

Hébert, aunque inclinado naturalmente á la soledad, disposicion que habia tomado mas cuerpo en su ánimo con sus recientes pesares, no dejaba por esto de presentarse bastante á menudo en las brillantes reuniones de la aristocracia romana; pero la única casa que visitaba diariamente era la del banquero *Jessurum*, en donde lo

---

(1) *Paulo II, que gobernó la Iglesia á mediados del siglo XV, se sirvió de los materiales del* Colosseo *para construir el puente de* Ripetta. *La Cancillería y los palacios* Farnesio *y de* Venecia *fueron construidos con los mismos materiales.*

habia presentado Giácomo. El buen judío, que poseia en grado eminente las cualidades de los antiguos patriarcas, lo trataba con el cordial cariño de un padre. Por su parte, el jóven no habia podido permanecer insensible á los encantos de Esther, la hija mayor de la casa, la cual parecia tambien mirarle con señalada predileccion; pero la persona que mas amistad mostraba por el viajero, era sin duda la niña Rebeca. Habia entre los carácteres de los dos, estrañas analogías, y un padre mas observador que el sencillo Ephraim se habria alarmado al ver la inquietud superior á sus años que mostraba la niña cuando su amigo retardaba la acostumbrada hora de su diaria visita, y el vivo sonrosado que acaloraba sus tiernas mejillas, cuando los amigos antiguos de la casa, casi todos correligionarios del buen banquero, la daban zumbas con su pasion por el jóven indio. No se mostraba ingrato nuestro héroe á aquel cariño; queríala con la mayor ternura, la llamaba su hermanita, y cuando la tomaba sobre sus rodillas y cubria de besos su tersa frente, y los dorados rizos de su cabellera, la niña resistia al principio á sus cariños, y luego se los devolvia con ardor como arrebatada por una fuerza irresistible. Se habia hecho la compañera inseparable de Hébert en las frecuentes escursiones de este en las cercanías de Roma, tan fecundas en grandes recuerdos, y su maestro de dibujo hablaba con entusiasmo de los asombrosos adelantos de la niña en el ramo de vistas y paisajes, á cuyo ejercicio se entregaba durante aquellos largos paseos.

Cerca de tres meses habian pasado desde la Semana Santa, y la mayor parte de gentes acomodadas habian ido á pasar en sus *villas* los ardientes dias del estío, huyendo de las calenturas tenaces por demas, y á veces peligrosas que reinan en Roma durante la estacion canicular. Giácomo Visconti habia marchado á Milan, á donde le llamaban asuntos del mayor interes, y el jóven Hébert, privado de su compañía y libre casi enteramente de las incómodas trabas que impone la sociedad, pasaba gran parte de los dias y de las noches en casa de Ephraim. La inclinacion que sentia por Esther habia llegado á ser una verdadera pasion: por algun tiempo, la diferencia de religion, unida á las preocupaciones casi siempre inseparables compañeras de un nacimiento elevado, le habian impuesto cilencio; pero el incendio crecia en su corazon, y no tardó en desbordarse. Habló y le escucharon, si no con amor, al menos con com-

placencia. Cada dia le daba Esther mas esperanzas, y aunque todavía no habia dicho ese mágico *yo te amo*, que nos hace gustar una tan inmensa suma de felicidad cuando jóvenes, y cuyo solo recuerdo en los helados dias de la vejez, obra en nuestros agostados corazones, á la manera que el poderoso fluido galvánico en los cadáveres, haciéndoles palpitar por un momento con la fuerza y vigor de la juventud; aunque todavía, repito, no habia pronunciado su labio las mágicas palabras, Hébert creia que era amado. Dos ó tres veces, impaciente con su tenaz reserva, la habia pedido que le dijese que no le amaba; mas de una le habia amenazado con dejar á Roma, y la jóven entonces, sin precisar su respuesta, se oponia fuertemente á aquella resolucion.

Por aquel entonces recibió nuestro héroe por la vía de Lóndres la carta de su padre en que le decia que atacada Lady Hébert de una languidez que los médicos creian mortal, se apresuraba á participárselo, esperando que se pondria en camino inmediatamente desde donde quiera que la carta lo encontrase. Amaba el jóven á su madre con entrañable ternura, y solo la idea de perderla le sumergió en el mas agudo pesar. Empleó todo aquel dia en arreglar sus asuntos á los preparativos de la marcha; y cuando por la noche se presentó en casa del banquero, pálido y descompuesto les anunció que partia al dia siguiente, enseñándoles al mismo tiempo la carta de su padre.

La velada fué muy triste, y al llegar la hora de esperarse, la niña Rebecca cayó al suelo como muerta, y Esther, con voz entrecortada por los sollozos, pronunció, en fin, el tan deseado *yo te amo.*

VII.

Cerca de diez y ocho meses despues de estos acontecimientos, en una mañana crudísima de invierno, se apeaba un viajero vestido de rigoroso luto, de la diligencia de Civita-Vecchia, enfrente de la aduana de Roma. Ordenó al criado que le acompañaba, que acabada la visita del equipaje, fuera á esperarlo en la fonda de la *Minerva*, y echó á andar apresuradamente con direccion á la *Via Condotti.*

Alllegar enfrente de la casa de Ephraim *Jessurum*, Hébert, pues no era otro el viajero, se detuvo algunos instantes como para tranquilizarse un poco. Entró en seguida, y dirigiéndose al portero le preguntó si estaba el señor en casa.

—Ha salido, escelencia; y ya no volverá hasta muy tarde.

—Pero las señoritas están.....

—¡Las señoritas! contestó el portero admirado, ¿pero de quién hablais, señor?

—De las hijas de vuestro amo, el señor Ephraim Jessurum.

—¡Mi amo un judío! Yo nunca he servido á judíos, escelencia. Ese hombre ha muerto hace cerca de un año, y esta casa es hoy del caballero Felton, un señor inglés.

Un rayo que hubiera caido á sus piés no habria aterrado tanto á nuestro héroe. Permaneció algunos instantes inmóvil y como fuera de sí; y en seguida salió del portal con la rapidez de una saeta, mientras que el portero volvia á arrellanarse en su sillon, santiguándose y murmurando entre dientes.

—*¡Paso! ¡venire á domandarmi novelle d'un morto! ¡Sangue di Caio Mario!* (1).

Corrió Hébert á casa del primer amigo que le ocurrió de los concurrentes á la casa del anciano hanquero. Recibióle aquel con la mayor cordialidad, y contestó á sus preguntas que Ephraim habia muerto unos seis meses despues de su partida, y que las niñas se habian ido con un tio suyo establecido en Constantinopla, que vino á Roma tan luego como supo la muerte de su hermano. De lo que sin duda os alegrareis, continuó, es del casamiento de Esther.....

—¡Esther! ¿habeis dicho de Esther? interrumpió el jóven.

—Sí señor, contestó el negociante, sin notar el trastorno de Hébert: de Esther, de la hija mayor de mi difunto amigo; y si no fuese por la apostasía, no podia en verdad haber deseado otra boda mas ventajosa. Pero está escrito que nada puede haber completo en este mundo.

Largo tiempo pudo seguir hablando sin que nuestro héroe lo interrumpiera. Tantas mudanzas á la vez, tantos trastornos en tan poco tiempo le habian sobrecogido de un modo espantoso. Su cabeza se perdia, pareciale todo aquello un ensueño horrible..... Al fin, haciendo un esfuerzo sobrenatural, preguntó á su interlocutor.

—Hablábais de apostasía.... de Esther.... Pues qué ¿ha mudado de religion? ¿Se ha casado con algun cristiano?

---

(1) *¡Loco! ¡venir á pedirme noticias de un muerto! ¡Sangre de Cayo Mario!—Este último dicho es muy usado por el pueblo bajo romano.*

—Sí señor, con un cristiano que os es muy conocido. Supongo que no habreis olvidado al señor Giácomo Visconti.....

—¿Con Visconti decís?.... pero eso no es posible....

—Tan posible, mi querido señor, cuanto que yo he mandado desde Roma una multitud de trajes para la novia, y muchos cuadros y libros del señor Visconti ....

Hébert ya no lo escuchaba. Aquella noticia venia por segunda vez á destruir sus creencias, su fé, sus esperanzas de felicidad....

—¡Todas inconstantes...! todas pérfidas! esclamó; y sin despedirse del buen negociante salió de la casa.

A su vez quedó este pensando entre sí: "Este mozo ha perdido la chaveta."

En cuanto á Hébert, no bien llegó á la posada, cuando mandó retener un asiento de la diligencia de Toscana, y aquella misma noche partió para Florencia.

VIII.

Los lectores recordarán que al principio de esta historia dejamos á Giácomo Visconti y á su entonces misterioso enemigo, pues todos habrán reconocido en él á esta fecha al caballero C. Hébert, nuestro amigo de Roma en 1838, encaminándose hácia la estremidad del puente que atraviesa el *Cuerno de Oro* por el lado de *Gálata*. Caminaba delante Visconti, y á algunos pasos de distancia le seguia con pensativo ademan su altivo compañero.

Aquellos hombres que tanto se habian amado, iban ahora tal vez á matarse, como los mas encarnizados é implacables enemigos; empero era fácil observar en sus fisonomías que aun estaban muy lejos de haber olvidado aquella tierna amistad que en la infancia los uniera. En Visconti, sobre todo, no se notaba la menor señal de cólera, y todas las veces que en aquel corto espacio que tenian que atravesar, se volvió para ver si su compañero le seguia, ningun otro sentimiento revelaba la espresion de su semblante que la de una tierna y profunda alegría. La espresion habitual del rostro de Hébert era, como ya sabemos, mucho mas severa y reservada que la del de su antiguo amigo, y sin embargo, era evidente que en aquel momento en su corazon, como en marcial palestra, combatian desesperadamente los mas encontrados sentimientos. Parecia que solo

la conciencia íntima de la traicion de que creia haber sido víctima, podia impedirle que salvase la pequeña distancia que de su amigo le separaba, y arrojándose en sus brazos volviesen juntos á recordar los venturosos dias de sus tempranos estudios; aquel hogar de la escuela, que como lo ha dicho elocuentemente el rey de los poetas de nuestro siglo:

We ne'er forget, though there we are forgot (1)

Al llegar al sitio en donde el caik los esperaba, viendo Hébert que Visconti se disponia á entrar en él, le dijo en frances:

—Supongo que vamos á batirnos.... ¿Tiene vd. armas?

—Sí, contestó Visconti; ¿y tú?

—Tengo un par de pistolas de bolsillo.

—Entonces tenemos lo suficiente....

—Péro sin testigos creo....

—¿A qué fin llevar testigos para un duelo á muerte? ¿Para evitar una felonía? ¿Acaso no nos conocemos lo bastante?

—Creo que tiene vd. razon.

—Entra, pues.

Y uniendo el ejemplo á las palabras, se colocó de un salto en la popa.

Hébert entró y se sentó lo mas lejos que pudo de Visconti, el cual dijo lacónicamente al griego que conducia el caik.

—A Beiler-bey (2)

Durante la corta travesía que tenian que hacer, guardaron ambos silencio, mirándose de cuando en cuando á hurtadillas; y al detenerse la pequeña embarcacion en la ensenada que sirve de puerto á Beiler-bey, Hébert se apoyó maquinalmente en la mano que le presentó su amigo para que saltara en tierra con mas seguridad.

Atravesaron con rapidez el lugar, y dejándolo por la espalda, se internaron en la espesa y verde arboleda que adorna en todas las estaciones aquella ribera afortunada. Despues de un cuarto de hora de marcha, detúvose Visconti en un lugar en que habia un espacio claro de forma circular, rodeado por todas partes de árboles y matorrales tan espesos, que se estaba allí como en una habitacion cerrada.

---

(1) *Que nunca olvidamos, aunque allí se nos olvida.—Lord Byron, en el poema titulado Don Juan.*

(2) *Lugar situado cerca de* Scutari, *en la costa del Asia menor.*

—No es necesario ir mas adelante, dijo, y se volvió á Hébert. Este sacó sus pistolas, y con mal segura voz:

—Visconti, murmuró, si quiere vd. que nos sirvamos de mis armas, cargadas están. Si no, para mí son todas iguales.

—El cielo no permita, contestó éste con solemne tono, que yo empuñe arma alguna contra aquel á quien llamé hermano en mas felices dias.

—¡Cómo! ¿No hemos venido á batirnos?

—Si rehusas oirme, aquí estamos en un lugar bien á propósito para que te vengues.... Y he aquí, añadió desabrochando su levita y sacando un precioso puñal damasquino, he aquí una arma segura y prudente.... Este mata sin ruido.

Al decir estas palabras, presentó á Hébert la empuñadura del puñal.

—¿Me toma vd. por un asesino? dijo con voz iracunda el orgulloso jóven; luego añadió con sarcástico desden:

—¡Acabemos! ¿Tiene vd. miedo de batirse?

—¡Cárlos! ¡hermano mio! respondió Visconti palideciendo visiblemente; ni vuestras amenazas, ni vuestros insultos me harán desviar de mi propósito. Si no quieres oirme, toma el puñal. ¡Hiere!.... sí....hiere un corazon que siempre fué fiel á tu amistad. Si me escuchases, tal vez te arrepentirias de los amargos ultrajes que me has dirigido.

—¡Pues bien! Ya que no es posible otra cosa, hable vd. y sea breve. Debe ser curiosa la justificacion de vd. Ya escucho.

—Ante todas cosas, dijo Visconti, invoco los recuerdos de nuestros primeros años, que no pueden haberse borrado enteramente de tu memoria. Entre todos los defectos de mi carácter, jamas existió la falsedad.... nunca manchó mi lábio la sucia mentira....

—Cuando veniste á Roma en 1838, ya hacia mas de un año que Esther y yo nos amábamos....

—Eso no es posible. Vd. me lo habria dicho....Ademas, Esther me amó....

—Oye hasta el fin y me comprenderás. La diferencia de nuestras religiones y el miedo de Esther á la sola idea de que su padre llegara á penetrar nuestro secreto, la hacian estar en un continuo sobresalto, y me habia hecho prometerle solemnemente que no revelaria á nadie nuestras relaciones. Yo te habria esceptuado sin

duda alguna; pero Esther, sabiendo por mí al dia siguiente de nuestro encuentro, que habia llegado á Roma uno de mis mas queridos amigos, me eixgió la nueva promesa de que tampoco á tí me confiara.

Durante los dias que estuvimos juntos entonces, no llegué ni aun remotamente á sospechar que tú tuvieras por ella otro sentimiento que una sincera amistad. Ya sabes que tuve que ausentarme muy luego, y partí para Milan perfectamente tranquilo. Al cabo de algun tiempo empezaron á infundirme inquietud sus cartas, habitualmente muy tiernas y entonces escritas por lo comun en un estilo violento; llamándome la atencion la circunstancia de que en todas hablaba de peligros imaginarios que corria nuestro amor. Por mas que yo la instaba en las mias á que se esplicase claramente, ella lo eludia, y continuaba siendo cada vez mas oscura para mí.

Mis negocios me detuvieron aún algunos meses en Milan; pero en cuanto me fué posible marché á Roma, á donde llegué dos ó tres dias despues de tu partida, no habiendo por consiguiente recibido hasta mucho despues la carta que me escribiste entonces, y que se cruzó conmigo en el camino. Como tú, aunque me escribias con frecuencia, nada me habias dicho de tu amor á Esther, á mi llegada lo supe por ella, al mismo tiempo que la desgraciada noticia que te obligó á partir tan precipitadamente. Esther me confesó que no habia podido permanecer indiferente al cariño de un hombre de tus eminentes cualidades, y que arrastrada por la vista de tan desgarradora tristeza, te habia dicho que te amaba la misma noche de tu partida; siendo, segun ella, la primera y única vez en todo el tiempo de vuestro trato.

—Eso es muy cierto....Yo creia que ella me amaba, ó al menos que mi afecto no le era indiferente; pero solo aquella triste noche lo oí de su boca un momento antes de partir.

—Al oir tan estraña confesion, tuve un acceso de violenta cólera contra tí; pero la idea de que tú ignorabas absolutamente mi amor, y mas que todo el vehemente afecto que siempre te he profesado, hicieron en breve desaparecer aquel movimiento. Díjela que si te amaba realmente, yo le devolveria sus promesas, por mas doloroso que me fuese aquel sacrificio; pero ella me juró que lo que sentia por tí era un cariño respetuoso, mas semejante al que profesaba á su padre, que á ningun otro afecto.—Que yo era el hombre que ama-

ba, y que si yo no la hubiera abandonado, nada tendria que echarse en cara.

¿Qué mas te diré?....Tú conoces el corazon humano.... aquello se fué poco á poco desvaneciendo de mi memoria; tú no escribias, y yo llegué á persuadirme de que tu pasion habia sido solo un capricho pasajero.

Pasaron entretanto cuatro ó seis meses, al cabo de los cuales murió el buen Ephraim.

Un hermano que tenia en Constantinopla, rico negociante tambien, vino á Roma, y luego que arregló los asuntos de las huérfanas volvió á partir llevándoselas consigo. Yo era rico y dueño absoluto de mi persona: propuse á Esther que abrazase nuestra religion, y que la haria mi esposa. Aceptó, y yo la seguí en breve, estableciéndome desde entonces en esta ciudad, en donde vivo rodeado de toda la dicha que es posible en este mundo. Soy padre de dos hermosos niños, al mayor de los cuales puse tu nombre, y no tengo ya sino un deseo....el de verte feliz.

Ahora, dime, Cárlos....¿puedo llamarte aún hermano mio?

Ya hacia algun tiempo que habia desaparecido del rostro de nuestro héroe la espresion airada que antes lo contraía; y al oir la última pregunta de Giácomo abrió los brazos esclamando:

—¡Sí, hermano mio!....pero tú....¿podrás perdonarme los injustos ultrajes....?

—¿Quién se acuerda de eso?...gritó alegremente Giácomo precipitándose en los brazos de su amigo. Lo que debemos hacer es dar pronto la vuelta, no sea que el griego se canse de esperar y nos encontremos de esta parte del Bósforo sin tener cómo volver á Constantinopla. Supongo que te vendrás á vivir con nosotros. ¡Eh!

—Eso no, querido Giácomo. No sé si podria volver á ver á Esther, como debo á la que es tu esposa. Mas tarde....verémos.... ¿Y Rebecca?

—Vive con nosotros.

—¿Y no se acuerda de mí? Cuando niña tenia una rarísima memoria.

—Sobre eso tengo que confiarte ciertas cosas que parecerian increibles á cualquiera persona que no fuese como tú entusiasta de todo lo estraodinario....Para eso es menester ser uno mismo lo que eres tú. Un ser estraordinario.

—Estravagante dirias si fueras menos amable: pero dí, ¿y Rebecca no se casa?

—Tal vez case muy pronto....pero esto, solo Dios lo sabe.....

—¿Cómo así? ¿ama á álguien?

—Sí....es decir, ama á casi álguien....á un ser ideal. A semejanza de aquel escultor griego que concibió una pasion ardiente por una estátua que él mismo habia hecho, así nuestra Rebecca, y tal vez con mas locura que aquel, ama á una creacion de su fantasía, á un recuerdo de su infancia que es muy imposible que nunca llegue á realizarse para ella....

A menos que algun Dios propicio no se encargue de animar la estátua; ó lo que es lo mismo, de revestir de formas corpóreas una idea....

—Si no te esplicas con mas claridad, confieso que no te entiendo una palabra.

—Ya me esplicaré; pero antes quiero que me cuentes todo lo que te ha ocurrido desde que no nos vemos.

A este tiempo ya llegaban á *Beiler-bey*, y atravesándolo rápidamente, llegaron á la ribera en donde el griego los esperaba, fumando tranquilamente su ennegrecido *chibuc* (1).

Entraron de nuevo en el caik, y bogaron hácia Constantinopla con la misma rapidez que habian venido. ¡Era tan distinto, sin embargo, el estado de sus almas! Ahora los rostros de ambos espresaban solo gozo y ternura. Hébert se habia colocado muy cerca de Visconti, y tenia las manos de éste entre las suyas.

—Hermano, dijo el jóven italiano, cuando ya pasaban por delante de *Scutari;* mi Esther me aguardará con la mayor impaciencia, pues nunca estoy separado de ella tanto tiempo como he estado hoy. Por consiguiente, si no me cuentas tus aventuras ahora, como te niegas á venir á casa, tendré que esperar á mañana para saberlas. Yo te he escrito varias veces á Calcuta, y jamas he tenido contestacion.

—No he recibido ninguna carta tuya mientras estuve allí. Por otra parte, ya hace cerca de seis anos que viajo por Europa, sin residencia fija en parte alguna, y las mismas cartas de mi familia se estravian á menudo ó las recibo con un atraso considerable. En

(1) *Pipa, en dialecto turco.*

cuanto á mis aventuras, llamas, tendré poco que las comocontarte.

Cuando partí de Roma me fuí derecho á Inglaterra, puesto que entonces no existia esa línea de vapores que ha simplificado tanto en estos tiempos el viaje á la India, reduciéndolo á una tercera parte de lo que antes era. Así, en vez de dirigirme á Alejandria y Suez como lo haria ahora, me fuí á Lóndres, en donde me embarqué para Calcuta. A mi llegada encontré á mi madre, al parecer bastante mejorada; pero mi alegría duró poco. Su enfermedad iba minando en ella tan insensiblemente las fuentes de la vida, que no solo los médicos, pero hasta ella misma estuvo durante algunos meses creyéndose, si no curada, al menos sin ninguna especie de peligro.

Al cabo de este tiempo, reaparecieron los síntomas alarmantes, y cuando mi padre habló á los médicos de un viaje á Europa, con la esperanza de que tal vez así se salvaría su esposa, éstos le declararon unánimemente que la enferma no podia soportar el viaje, y que no habia ninguna esperanza. Insistió él sin embargo; pero mi madre, que entonces ya conocia su verdadero estado, le suplicó que no la condenase á morir separada de ninguno de sus hijos, y que la dejase acabar tranquilamente sus dias en Calcuta. De este modo se fué apagando lentamente y sin dolores aquella alma tan tierna, tan sensible y generosa.

Al caer de las hojas aquel año, dejó este mundo de engaños y miseria, y fué á habitar otro mundo mejor, un mundo en el cual, segun la fé de nuestros padres, no hay dolores ni lágrimas, y en donde el amor como la vida son perdurables....

Los sollozos interrumpieron al jóven viajero; y su amigo, cuyas lágrimas corrian tambien con abundancia, lo estrechó en silencio entre sus brazos. Pasados algunos instantes, prosiguió Hébert mas tranquilo:

—Por algun tiempo, aquella pérdida inmensa, irreparable, me hizo insensible á todo lo de este mundo; pero en nuestro corazon estrecho y miserable los dolores intensos son de corta duracion. Al cabo de algunos meses el recuerdo de Esther comenzó á infundir en mi pecho la esperanza de ser feliz aún sobre la tierra: y habiendo un dia dicho á mi padre que deseaba continuar mis viajes por Europa, éste me dió su permiso y me puse inmediatamente en camino.

Al llegar á Roma, encontré la casa de Jessurum ocupada por gen-

tes estrañas, y un amigo del anciano judío me contó su muerte, el viaje de sus hijos á Constantinopla, y tu casamiento. Creyéndome infamemente vendido por el amor y la amistad á la vez, dejé á Roma aquel mismo dia, y desde entonces viajo sin descanso.

He recorrido de un estremo á otro la civilizada Europa, viendo en todas partes los mismos hombres, los mismos vicios, las mismas miserias, los mismos crímenes. En todas partes ví y conocí infinitos publicistas, economistas, periodistas, novelistas y poetas, teóricos predicadores de todas las virtudes, y en la práctica refinados egoistas—ministros de una religion toda de amor y caridad convertidos en indignos traficantes—magistrados venales inclinando la santa balanza de la justicia al lado en que habia mas oro—hermosas damas de nervios impresionables sujetas á desmayos y propensas á histéricos ataques en las representaciones teatrales, ó con la simple lectura de un párrafo de periódico cuyo epígrafe sea: *rasgo admirable de fidelidad en un perro de Terranova*, ú otro semejante; y á todos he oido contestar con una severa filípica moral al hambriento mendigo que á la salida del teatro ó del sarao en donde acababan de hacer alarde de tan esquisita sensibilidad, les alargaba su destrozado sombrero implorando el óbolo del rico para procurarse un pedazo de pan ó un abrigo.

En todas partes puesta á la órden del dia la filántropo-manía.—Bailes á beneficio de los desterrados polacos; bailes para los incendiados de Hamburgo; para los proscriptos italianos; para los arruinados habitantes de *Point-de-Pitre*....Y todo el mundo se apresura á llevar su filantrópica ofrenda, con la condicion empero, *sine qua non*, de bailar hasta no poder mas. Cada cual sabe que en la bohardilla de la casa que habita ejerce la miseria sus estragos; tal vez una honrada familia perece entera bajo el doble azote del hambre y la enfermedad; pero este es un infortunio oscuro: con las limosnas que se dén á estas gentes no se baila, ni siquiera se tiene la pequeña satisfaccion de ver su nombre pomposamente anunciado en los periódicos como el de uno de los bienhechores de la humanidad. Nuestro hombre jamas sube la escalera que guia al chiribitil en donde reinan el llanto y el dolor; y cuando á la salida de su cómoda vivienda encuentra por casualidad alguno de aquellos desgraciados, cuyo escuálido semblante es la mas elocuente historia de toda una vida de dolores, se aleja rápidamente de él, como lo haria á la vista de

uno de esos reptiles cuya mordedura es mortal, que ha colocado la Providencia en los perfumados bosques de la fértil América.

En todas partes, ¡oh Europa! te presentas adornada con el pomposo manto de las mas altas virtudes; pero ¿qué encuentra el que se atreve á levantar un poco la orla de tu régia vestidura?—El feo y hediondo esqueleto del egoismo, con todos sus vicios y miserias.

—Horrenda pintura, querido Cárlos; pero afortunadamente demasiado exgaerada. ¡Qué! ¿no has encontrado en todos tus largos viajes, ni siquiera una persona sensible, ni una alma generosa siquiera?

—Sin duda alguna; pero ¿qué valor tienen tan cortas escepciones contra una regla de tan general aplicacion? Al trazar la historia del género humano, yo he debido examinar las grandes perspectivas y no los detalles; juzgar las masas y no los individuos. Sobre cada mil personas habrá diez que practiquen la virtud, y tal vez las tres cuartas partes de tan reducido número la practican con segunda intencion, y no por amor á la virtud misma. ¡Cuántas de esas reputaciones filantrópicas se fundan en una beneficencia puramente de aparato? ¡Y cuán raro es encontrar quien haga el bien en secreto, privándose no solo de la ostentacion pública de sus beneficios, sino hasta de la mas grata satisfaccion de oir las bendiciones de aquellos mismos á quienes ha salvado de la miseria, tal vez del deshonor, mil veces mas cruel para las almas honradas que la misma muerte!

No diré, sin embargo, que no existan algunos de esos séres elevados; no: yo no quiero calumniar la humanidad; pero creo que son tan raros cuando menos como esos otros de muy distinto órden, cuya sola aparicion hace variar la faz del mundo. ¡Oh! sí! los Alejandros, los Césares, los Atilas, los Gengiskanes y los Napoleones....esos grandes hombres, esos séres estraordinarios, lumbreras y azotes á la vez del género humano, no son quizá tan raros en la historia de los siglos, como esos modestos ejercedores de todas las virtudes!..

Al decir Hébert estas palabras, ya tocaba el caik al punto en donde se habian embarcado algunas horas antes los dos amigos. Saltaron en tierra, y enlazados los brazos, la mano del uno en la del otro, del mismo modo que algunos años antes los hemos visto en Roma atravesar la distancia que separa el teatro de la *Valle de la Locanda de la Minerva*, cruzaron los estrechos callejones de *Gálata*, y llegaron al arrabal de *Pera*.

Allí, casi á la mitad de la larga y estrecha calle que es quizá la única transitable del arrabal, se detuvo Hébert en frente del *Hotel de Belle-Vue*, una de las fondas europeas y la mas conocida de Constantinopla, y señalando la entrada á Visconti, le dijo:

—Aquí vivo, *caro Giácomo*, en el cuarto número 9. ¿No quieres entrar?

—No me es posible. Esta tarde volveré á verte. Ahora voy á tranquilizar á Esther, que estará muy inquieta. ¿Vendrás esta noche á casa?

—No; tal vez mas tarde. En fin, verémos. Y estrechándole la mano se entró en la posada.

IX.

Por poco curioso y agudo que seas, benévolo lector ó amabilísima lectora mia, ya te habrás convencido de que mi heroina no es otra que la gentil Rebecca, y que el amado de su corazon es nuestro amigo Cárlos Hébert, tambien héroe de esta historia, si es que puedo procurarme el placer de tener en obra tan pequeña dos protagonistas; pero á propósito de héroes y heroinas, me ocurre decirte dos palabras acerca de la nuestra.

Recuerdo que un amigo muy querido, hombre de grandísimo talento, á quien leí los primeros capítulos de esta historia, y espliqué la marcha que seguiria hasta el fin, me objetó como muy inverosímil el que mi heroina pudiese haber concebido un amor tan entrañable, en una edad en que por lo general todas las impresiones son muy pasajeras. Es posible que á tí te ocurra la misma idea, y que juez severo como debes serlo con toda produccion original [los estranjeros no son jamas inverosimiles, por aquello de *á luengas tierras, luengas mentiras*], arrojes despechado mi libro, regalándome tal vez con el epíteto poco amable de embustero; pero con perdon de mi ilustre amigo y tuyo tambien por supuesto, voy á alegar en mi disculpa dos argumentos, uno de los cuales es irresistible. *Boileau* dijo hace bastantes años en su celebrada poética, *Le vrai peut quelquefois n'être pas vraisemblable* (1), y aquí se comprueba la verdad de esta máxima. Los personajes todos de esta historia no son

(1) *Lo verdadero puede á veces ser inverosímil.*

creaciones de mi antojadiza fantasía, sino personas de carne y hueso á quienes yo he conocido y tratado muy de cerca. Viven aún la mayor parte, y mi heroina es de los que disfrutan mejor salud. Los hechos que de ellos cuento son ciertos, y solo me he tomado la libertad de variar los nombres propios; pequeña licencia que á tí no te perjudica, y ellos me agradecerán de seguro. El otro argumento, mucho menos fuerte, pero no del todo desatendible, puesto que se funda en la esperiencia, es que si bien es cierto que la mayor parte de las impresiones de la infancia se desvanecen con la mayor facilidad, no lo es menos que hay algunas cuyo recuerdo, hondamente impreso en nuestro corazon, dura tanto como la vida.

Contaba yo apenas cuatro años, cuando la guerra de la independencia de la América del Sur asolaba todavía gran parte de aquel continente. Mi padre se habia adherido á la causa de los españoles, y batidos éstos por todas partes, tuvo que emigrar á una isla estranjera situada bastante cerca de mi país natal. Las familias de los *Godos* [así llamaban á los españoles y sus partidarios], si bien nada tenian que temer del gobierno supremo de aquellos países, estaban en las poblaciones pequeñas sujetas á mil vejaciones de parte, ya de algunos agentes subalternos de la república, ya, y esto era mas frecuente, á las tropelías de unas cuantas hordas de bandidos, que apellidando unas veces al rey y otras á la patria, se entregaban á todos los escesos propios de su natural desalmado. Huyendo de tales desmanes, mi madre, en union de varias familias godas, andaba errante de pueblo en pueblo en una parte del país casi desierta en aquellos tiempos; y cierta mañana que habiamos llegado fatigadísimos á una pequeña aldea, en donde pensábamos detenernos algunos dias, se presentó en la casa que ocupábamos una de aquellas hordas capitaneada por un tal *Villanueva*, el cual intimó á mi madre y á las demas señoras que si á las seis de la tarde del mismo dia no habian evacuado el pueblo, nos pasaria á todos á cuchillo. Tengo tan presente la fisonomía y la voz de aquel hombre, que si fuese posible volverle á ver tal como entonces era, lo reconoceria entre mil, y si fuese pintor podria hacer todavía su retrato perfectamente parecido. Aun me parece tener delante aquellos ojos azules de terrible mirada, aquellos descomunales bigotes rubios que se retorcia con la mano derecha, mientras que con la izquierda acariciaba la empuñadura de su sable, con cuya vaina metálica golpeaba el pavimento de

la pieza en que nos hallábamos. Y ciertamente que si nos encontrásemos ahora él como era y yo como soy, no dejaria de haber séria camorra entre los dos, porque á la par de su siniestra fisonomía se ha conservado en mi memoria el odio que me infundió su brutal y cobarde proceder. Pero ya basta de digresion, y es hora de que sigamos á Giácomo, que con precipitados pasos subia la gran calle de *Pera*.

La mayor parte de las casas de Constantinopla no tienen sino el cuarto bajo y otro piso. El techo, casi plano y cubierto por lo comun de tejas encarnadas, es muy saliente por la parte que da á la calle, é intercepta casi enteramente los rayos del sol; las ventanas son numerosas, pero pequeñas y cubiertas de espesas celosías. Cada casa posee en el piso superior un balcon cerrado y cubierto, especie de jaula en donde el indolente turco, arrellanado en su divan y dando la espalda á la calle, pasa largas horas fumando su narguillé y viendo por los lados del balcon cuanto pasa en la calle. La casa de Visconti, aunque muy distinta en sus adornos interiores de las de los turcos, era igual á ellas en la forma esterior, y la impaciente Esther estaba ya hacia largo rato colocada detras de la celosía esperando á cada instante descubrir á Giácomo. Mil veces la habia engañado alguna semejanza lejana, y ya comenzaba á apoderarse de ella el desaliento, cuando por fin le vió venir apresuradamente.

Voló á su encuentro hasta el vestíbulo que forma la entrada de todas aquellas casas; y allí Giácomo, despues de abrazarla, le contó en pocas palabras su encuentro de aquella mañana y el desenlace que habia tenido. Ambos convinieron en no decir nada á Rebecca hasta ver qué rumbo tomaban las cosas, y se dirigieron hácia el interior del *Selamlik* (1) ó habitacion de los hombres, en donde Giácomo tenia su cuarto

X.

Los que hayan visto las brillantes iluminaciones de Paris y Lóndres en sus grandes festividades; los que hayan pasado una Semana

(1) *Todas las casas construidas á la turca contienen dos grandes divisiones. La de adelante, que es el* Selamlik, *es la habitacion de los hombres; la de atras, separada de la primera por una puerta casi igual á la de la calle, forma el* harem *ó habitacion de las mujeres.*

Santa en Roma y visto la iluminacion del Vaticano el domingo de Pascua de Resurreccion, habrán creido que era imposible ver nada mas bello é imponente en su género. Pero si despues su buena estrella les condujo á Constantinopla en la época de alguno de esos grandes festejos que se celebran al advenimiento de un sultan, ó cuando se casa él ó alguno de la familia imperial, y vieran iluminado el *Bósforo de Tracia*, entonces se convencerian de que hasta aquel dia no tenian sino una idea muy imperfecta de aquellos espectáculos. Figúrese el lector ambas riberas, la europea y la asiática, sembradas de aldeas pintorescas, bellísimos kioscos, encantados palacios y voluptuosos jardines. Entre unos y otros verdes bosquecillos en que los álamos, los sicomoros, los mirtos, los plátanos y los sauces llorones, compiten en hermosura y lozanía, y todo esto, con esa fisonomía peculiar de las cosas del Oriente, medio real, medio fantástica; todo esto, repito, brillantemente iluminado con luces de mil colores, en la vasta estension que separa á Constantinopla de Buyuk-dere (1). Ademas, una porcion de balsas fijas á poca distancia de ambas riberas y tambien iluminadas desde donde salen á cortos intervalos una multitud de cohetes y fuegos de Bengala, que tinundando todo aquel vasto teatro con sus reflejos, prestan alternativamente al mar, á los buques, á los palacios y á los jardines, sus caprichosas tintas de mil colores. En medio las límpidas aguas del Bósforo, en las cuales como en un inmenso espejo se reflejan y multiplican todos aquellos objetos; surcadas ahora por una multitud de caiks adornados de banderolas y vistosas guirnaldas de flores naturales que exhalan el mas dulce perfume, y en los cuales una gran parte de la poblacion turca y estranjera de Constantinopla viene á gozar de aquel espectáculo maravilloso.

Todas las encantadas descripciones de los poetas orientales, las mas increibles pinturas de las mil y una noches, todo, en fin, lo que la imaginacion mas calenturienta puede forjar en sus mas fantásticos delirios, es inferior al aspecto que presenta el Bósforo de Tracia durante aquellas solemnidades.

---

(1) *Este lugar delicioso, situado en la costa de Europa, es la residencia de casi todos los embajadores durante la estacion del calor. Es una poblacion considerable, en la cual encuentra el viajero una fonda montada bastante bien. Sus cercanías son amenísimas.*

Como dijimos en el capítulo anterior, Giácomo y Esther habian convenido en ocultar á Rebecca el encuentro del primero con nuestro héroe, temiendo los resultados que pudiera tener aquella noticia. Era en verdad casi imposible que el jóven se mostrase indiferente al amor tan singular de que era objeto, sobre todo cuando se trataba de una persona que le habia sido tan querida, y á cuya hermosura y admirables cualidades era dificilísimo encontrar una comparacion digna en el mundo; pero se habia mostrado demasiado amante de Esther todavía para que dejasen ésta y su esposo de tener serios temores. Ademas, habia rehusado formalmente ir á casa de Giácomo, á pesar de las repetidas instancias que éste le habia hecho y era hasta cierto punto inútil, por entonces, el dar á Rebecca una noticia que podia causarla tan terrible trastorno.

Desde el dia de su encuentro no pasaba uno sin que se viesen los amigos, y Giácomo era un dragoman (1) demasiado inteligente en Constantinopla, para consentir que su amigo hiciese ninguna escursion sin que él le acompañase. El primer dia de las iluminaciones del Bósforo se habian separado muy tarde, pues Giácomo tenia que acompañar aquella noche á su familia, y Hébert, que se sentia algo indispuesto, dijo que tal vez no iria aquella noche al Bósforo.

Una multitud de caiks, con lo mas selecto de la reunion flotante que poblaba aquella noche el encantado canal, se habian detenido en frente de la aldea de *Bebek*, atraidos por la pintoresca iluminacion del palacio encarnado de la Sultana Validé, y la del *Kiosco de las conferencias* (2), situado tambien en aquella parte.

Giácomo y su familia habian llegado allí algo tarde, y tuvieron que colocarse en la última fila de los caiks, que formaban un vasto semicírculo en frente de la aldea. De repente un grito que dió Rebecca, hizo volverse rápidamente á los dos esposos, que la vieron pálida y trémula, señalando con la mano una de aquellas pequeñas embarcaciones que se alejaban de allí con rapidez. No pudó distinguir Giácomo sino un hombre de espaldas sentado en la popa del caik, y embozado en una ancha capa á la española. Siguióle

(1) *Intérprete.*

(2) *Así llamado porque allí da audiencia algunas veces á los embajadores el* Reis-effendi, *ministro de estado y gran canciller del imperio. Este Kiosco es el mas bello que hay en las orillas del Bósforo.*

con la vista por algun tiempo, y volviéndose luego á Rebecca que medio desmayada yacia en los brazos de Esther, le preguntó qué habia podido conmoverla de aquel modo.

—El.... él es á quien he visto.... dijo la jóven con una especie de terror.

—¿Quién es él? repuso Visconti. ¿Hay alguien en el mundo cuya sola presencia pueda causarte un trastorno semejante?

—¿Luego tú le has olvidado?.... Vosotros habeis olvidado á mi hermano ... á vuestro hermano Cárlos?.... No me queda la menor duda. El era quien hace poco estaba aquí fijando en nosotros sus negros ojos, cuya mirada solo él la tiene entre los hombres.

Miráronse Giácomo y Esther en silencio, y luego el primero dirigiéndose á Rebecca, le dijo entre serio y risueño:

—Hermana, sin duda te ha engañado alguna semejanza. Si Hébert estuviera aquí, nos habria buscado.... Ademas, ¿no dices que estaba cerca de nosotros y que nos miraba con atencion? ¿Crees que si hubiese sido él, se hubiera alejado así sin decirnos ni siquiera una palabra de cariño?

—Yo no sé, hermano, los motivos que pueda tener Cárlos para no querernos hablar; pero estoy segura de que es él.... Acaso he olvidado yo un instante aquellos dias?....¡Ay de mí! continuó con voz interrumpida por el llanto—mientras respire Rebecca—su recuerdo y la imágen idolatrada de Cárlos vivirán aquí.... y aquí!

Al decir estas palabras, llevó la mano derecha á la frente y al corazon.

XI.

A la mañana siguiente, Giácomo fué á casa de Hébert, y le encontró todavía en la cama. Habia pasado muy mala noche, y su amigo descubrió que su pulso latia con febril agitacion. Alarmado con aquella novedad, le propuso enviar por su médico, doctor de la facultad de Bolonia y establecido hacia muchos años en Oriente; pero nuestro héroe lo rehusó, so pretesto de que aquello no era nada, que él se conocia, y que estaba seguro de que con uno ó dos dias de cama, desapareceria del todo aquel trastorno. No insistió Visconti conociendo el carácter tenaz de su amigo, y despues de algunos instantes de silencio:

—Cárlos, le dijo, ¿estuviste anoche en el Bósforo?

—Sí.... á pesar de mi indisposicion no pude resistir al deseo de ver una iluminacion oriental, y me paseé durante algunas horas al traves de aquel laberinto de caiks, llenos todos de gentes felices al parecer, tal era la algazara que formaban con sus cantos y risas.

—Debes esceptuar del ruidoso concurso á todos los turcos que asistian anoche á la brillante *soirée* que nos daba S. A. Abdul-Medgigd (1) en su salon del Bósforo. Los turcos no se rien sino muy rara vez. Pero dí, ¿eras acaso tú uno que iba embozado en una capa á la española y que pasó rápidamente por delante de *Bebek*?

—El mismo. Estuve considerándoos algun tiempo á muy poca distancia de vosotros, y no sé cuánto tiempo habria permanecido allí, sin la circunstancia de haberse vuelto hácia la parte en que me encontraba, un ángel mas bien que una mujer, en quien despues de algunos instantes reconocí á Rebecca. Mi primer movimiento fué saltar de mi caik al suyo y estrecharla entre mis brazos; pero luego una idea súbita me alejó de allí....

—Ella te reconoció, Cárlos, y al grito que lanzó al verte me volví yo, y ya solo ví tu caik que se alejaba.

—¿Luego se acuerda todavía de mí?

—¡Oh Cárlos! ¡cuánta ingratitud hay en esa pregunta! Si supieras que desde que partiste de Roma, no ha pasado ni un solo dia sin que esa criatura hable de tí.... Si supieras que el amor infantil que te profesó en aquellos dias, ha ido creciendo y desarrollándose en ella con la edad.... que de aquel recuerdo de su infancia ha formado ella un ídolo en su corazon, y lo ha divinizado en lo mas hondo de su alma.... el alma mas pura, mas generosa, mas amante, que ha animado jamas á humana criatura. La ocupacion entera de su vida ha sido tu recuerdo; el pasatiempo por ella mas preciado, trazar cien y cien veces con su pincel aquellas ruinas de la antigua Roma que tantas veces recorrísteis juntos.... Y todo esto sin saber nada de tí.... ignorando si vivias ó no, y sin tener ni siquiera la lejana posibilidad de que la amases algun dia.... ¡Oh

(1) *Abdul-Megigd, no tiene sino cerca de veinticinco años. En* 1839 *sucedió á su padre á la edad de diez y siete.—Es de muy buena figura, pero los escesos del serrallo, lo tienen muy estenuado. Esta novela se escribió en* 1846.

Cárlos! ser amado así una vez en la vida, es la mayor felicidad que pueda acordar Dios al hombre acá en la tierra. ¿Qué digo?.... Semejante dicha es tal vez comparable á los supremos goces que nuestra religion promete á los elegidos en ese mundo por venir, cuya duracion debe ser igual á la de su omnipotente Criador.... la eternidad!

Habíase Hébert medio levantado en el lecho, y dulces lágrimas de gratitud y de ternura se deslizaban á lo largo de sus pálidas mejillas. Por primera vez desde muchos años, hacian palpitar su corazon los dos mas poderosos sentimientos con que aquel Sér que con una sola mirada podria volver la vasta máquina del universo al caos primitivo, dotara en su infinita bondad al hombre.... la fé y el amor! La fé, fortaleza del alma,—el amor, felicidad del corazon. La fé y el amor, únicos sentimientos que sobreviven á la materia caduca, y siguen al alma á aquel mundo para cuya obtencion es necesario amar y creer, y en el cual se vive amando y creyendo eternamente!

Durante algunos instantes se contemplaron ambos amigos en silencio. Ambos temian al parecer romperlo; ambos esperaban ansiosos que el otro preguntase. Al fin Hébert, con voz mal segura, habló así á Visconti.

—Lo que me acabas de decir me ha hecho esperimentar tan inmensa suma de felicidad, qué en vano me esforzaria en espresarla con palabras.... ¡Ah!.... ¡sí!.... esclamó con creciente agitacion.... Yo tambien la amo.... me parece que la he amado siempre. Sí.... sí.... en las otras mujeres que he creido adorar, era ella á quien buscaba.... á ella, cuyo solo recuerdo hace palpitar este lacerado corazon con el ardor entusiasta de aquellos felices dias de la adolescencia, aquella época de nuestra vida tan dichosa como fugaz, en que el alma, vírgen de punzantes dolores y amargos desengaños, cree en todo porque todo lo ama.... ¡Oh!... Sí.... hermano mio.... ¡yo tambien la amo!

—¡Con que serás feliz! y ella tambien.... ¡Oh, Dios mio! gracias.... gracias.... gritó Giácomo, y arrojándose en los brazos de su amigo en el trasporte de su alegría, lloraba y reia á la vez.

Pasado el primer arrebato notó la estraordinaria palidez de Cárlos, y el abrasante calor de su cutis. Mas alarmado entonces, volvió á proponerle su médico con la mayor instancia, y esta vez ce-

dió el testarudo jóven. Envió Visconti á un criado de la posada por el doctor, y volvió á sentarse á la cabecera del enfermo.

—¿Con qué es decir, murmuró, que podré presentártela esta tarde? Tú no podrás salir en muchos dias, y....

—No.... Giácomo....

—¿Por qué no? Esa es una estravagancia.

—Escucha y me comprenderás. De resultas de una herida que recibí en el pecho, hace algunos años, ó tal vez de los profundos pesares que han acibarado mi vida, he contraido una afeccion pulmonal que tal vez sea mortal. Con objeto de respirar aires mas puros en estos climas afortunados de Oriente, emprendí este viaje. He sentido notable alivio desde su principio; pero tal vez sea solo una retirada engañosa que ha hecho el mal para atacar luego con mas fuerza. Ya ves como estoy.... anoche no he dormido nada y la tos se ha vuelto á presentar con violencia. Esperemos.... Si dentro de algunos dias, como creo, desaparecen estos síntomas, emprenderé una escursion por el interior de este país, y á mi vuelta, cuando ya tenga mas confianza en mí salud, veré á Rebecca. Hacerla concebir ahora esperanzas tal vez realizables, seria una imprudencia.... algo mas.... una crueldad.

—Pero Cárlos, observó Visconti, un viaje ahora cuando vuelven á presentarse esos síntomas alarmantes, es una locura. El reposo, la felicidad de que necesita tu corazon llagado y que tendrias al lado nuestro, es lo que te convienen....

—La felicidad no puede nada contra la tísis, hermano. El aire del mar, el movimiento, la fatiga misma de los viajes son muy favorables á mi constitucion. Creeme, yo sé mejor que todos los médicos del mundo lo que me conviene.

—Pero....

—Hermano, no me hagas mas objeciones. Es una resolucion irrevocable.

A este tiempo entró el médico, y despues de examinar al enfermo, recetó unos calmantes, y dijo que le dejasen descansar. Cuando por la tarde volvió Giácomo, lo encontró muy mejorado, y á la mañana siguiente la tos y la calentura habian desaparecido.

Algunos dias despues, Visconti acompañó á Hébert hasta *Scútari* (1), en donde el último se reunió á una caravana en cuya como

pañía pensaba ir hasta *Trebisonda* recorriendo de este modo una parte considerable de las provincias que posee el imperio turco en el Ásia Menor.

XII.

Los ardorosos dias del estío hacia ya algun tiempo que confinaba en el recinto del hogar doméstico á los habitantes de Constantinopla. El abrasado Julio tocaba á sus últimos dias, y los crecientes calores anunciaban á aquellas comarcas que el mes de Agosto seria insoportable. Mas de dos meses habian pasado desde que Hébert habia partido para el interior de la Turrquía, y durante todo aquel tiempo, en vano habia esperado Giácomo alguna carta suya.

Aquel silencio obstinado empezaba á causarle sérios temores, á pesar de la seguridad completa con que los viajeros europeos pueden visitar las fértiles y vastas regiones que forman la Turquía Asiática; pues que con la circunstancia de llevar un *firman* (1), no solo son respetados, sino auxiliados con guías y caballos por las autoridades turcas que tienen que ver en su tránsito. Pero Hébert habia partido indispuesto, tal vez sériamente, y ¿quién podia calcular hasta qué punto podia agravarse la indisposicion mas lijera, en aquellos países destituidos absolutamente de los recursos de la medicina europea? Esther participaba de aquella inquietud, mucho mas al ver que Rebecca continuaba creyendo haber visto al jóven viajero, y que este pensamiento habia avivado iufinitamente en su corazon la llama que lo devoraba.

Hacia ya cerca de cuatro semanas que habia marchado el anciano Manassés para Trebisonda, por asuntos de su comercio, y sus so-

---

para el interior de la Turquía Asiática. Estos viajes se hacen en general á caballo, pues eu aquel país son estos animales tan abundantes como buenos. En Egipto, al contrario, las escursiones cortas se hacen en burros y los viajes en dromedarios.

(1) *Hay tres clases de pasaportes en Turquía. El* firman, el bugurdée *y el* iheskeré. *El primero no puede ser acordado sino por el sultan, ó un bajá cuandomenos; pero tos otros dos puede darlos cualquier gobernador suvalterno.*

brinas le esperaban de un momento á otro. Era la mañana del 31 de Julio de 1845. Visconti y las dos hermanas estaban reunidos en la pieza mas fresca del *harem*, y aun allí respiraban apenas con el intenso calor. Rebecca habia sufrido mucho en aquellos dos meses, y ahora con el rigor de la estacion, se inclinaba lánguida como un lirio sobre su tallo. Esther y Giácomo la contemplaban tristemente; ambos sentian por ella el mismo amor que le tuvo su padre; aquella mezcla de entrañable cariño y de respeto supersticioso que esperimentan las almas bien formadas por esos séres privilegiados á quienes la naturaleza ha dado la facultad de sufrir y gozar mas intensamente que los demas mortales; esos séres á quienes, en fin, si á ello no se opusieran las eternas é inviolables leyes de la creacion, haria salir de la tumba la voz del sér afortunado á quien amaron en la vida.

Giácomo hojeaba maquinalmente una lujosa edicion de los clásicos italianos: Esther arrullaba al menor de sus hijos, y Rebecca hacia que pintaba. Un mismo pensamiento los ocupaba, una misma idea absorbia todas sus facultades, el mismo *pathos* moral agitaba sus almas, unidas entonces por esa chispa eléctrica que como un eslabon invisible forma de todos los innumerables séres de la creacion una sola cadena—la mas pura emanacion de la iDvinidad—el mas fulgente destello de su poder sobre la tierra—la omnipotente simpatía.

Un confuso ruido de alborozadas voces vino á interrumpir aquel silencio profundo, y los tres levantaron al mismo tiempo sus miradas que se encontraron. Las voces se acercan.... ¿Qué será? En aquel momento entró en la pieza Raquél, una criada antigua en cuyos brazos habian nacido ambas hermanas. Venia la buena anciana trémula de alegría.

—¿Qué hay? ¿qué es eso? preguntaron á un tiempo los tres.

—Yo habia ido, contestó Raquél, á casa de una de mis hermanas que vive en Gálata y está gravemente enferma: al volver me senté á descansar un rato á la sombra de *Gálata-Kulé* (1). Hacia ya algun tiem-

(1) *Torre de Gálata. Es tal vez el monumento mas alto que hay en Constantinopla. Desde una especie de balcon que hay en la parte mas elevada se descubre un bellísimo panorama de Constantinopla, gran parte del* Bósforo, *y no pequeña del mar de Mármara ö Propontide.*

po que estaba allí, cuando ví pasar, ¿á quién direis? Al señor Manassés en persona, que iba apoyado en el brazo de un jóven franco, cuya cara he visto yo otras veces, pero no me acuerdo en donde. Yo me levanté y fuí á su encuentro, y él se alegró mucho de verme y me preguntó por todos los de casa; pero lo que mas me admiró, fué que el jóven franco me llamó por mi nombre y me dió un puñado de *piastras* (1). Los seguí hasta el *Hotel de Belle vue*, y desde allí me vine corriendo cuanto me lo permitian mis pobres piernas para traeros la noticia. El señor Manassés me dijo que en seguida iba á venir.

—Los tres hermanos se miraron—y todos pensaron la misma pregunta; pero Rebecca fué quien la hizo.

—Raquél, ¿podrias acordarte de las señas de ese jóven franco que venia con nuestro tio? Sí, señorita. Es un jóven alto, trigueño, barba y cabellos negros, y unos ojos cuya mirada no se olvida nunca....

—Ese es Cárlos Hébert, gritó Rebecca; sí.... ese es mi hermano, mi perdido hermano.

Al acabar de decir estas palabras, la puerta de la pieza se abrió, y el viejo Manassés se precipitó en los brazos de sus sobrinas.

—¿Estais todos buenos hijos mios, preguntó el anciano.

—Buenos; contestaron á un tiempo los tres.

—Gracias al Supremo dispensador de la salud y la vida.... Por poco no os hubiera vuelto á ver mas, amados hijos. Muy á pique se ha visto el pobre viejo de ir á reunirse con sus abuelos del modo mas violento posible....

—¿Que dice vd., tio? interrumpió Esther. ¿Han sufrido vdes. algun temporal? Aquí ha estado el tiempo insoportablemente cálido, pero sereno.

—No, hija mia; el peligro que he corrido era de otra especie mucho mas inmediata, despues os lo contaré. Pero al entrar aquí he oido resonar un nombre que creia os era desconocido. ¿Quién ha podido deciros el nombre de mi nuevo amigo?....¡Ah, tú tal vez, vieja charlatana, añadió volviéndose á la anciana Raquél, y dirigiéndole una benévola sonrisa.. ...

---

(1) *Moneda equivalente á algo menos del real de vellon.*

—¡Yo! mi señor....¡por el sagrado Jehovath! yo no sabia el nombre de ese jóven nazareno.

—Cárlos Hébert, interrumpió Visconti; es antiguo amigo de vuestras sobrinas, y ha sido mi compañero de colegio.

—¡Cuánto me alegro! ¡Si supiérais cuánto le debo! pero traedme algo que beber, pues creo que voy á ahogarme. De Gálata hasta aquí he venido corriendo. Ya se vé....los jóvenes andais tan de prisa... y eso que mi valiente amigo parece un viejo por la virtud y el saber; pero es igual....cuando se trata de andar se acuerda de que es muchacho y echa á correr.

Esther habia salido y volvió á entrar á este tiempo con una bandeja llena de helados y refrescos. Luego que el buen anciano hubo satisfecho su sed, Rebecca, que era la mas impaciente, le suplico que contará lo que les habia ofrecido.

—Ya sabeis, empezó el anciano, que algunos asuntos de comercio me llamaron á *Trebisonda* hace mas de un mes. Auuque eran breves, y por consiguiente los terminé en seguida, no quise embarcarme, esperando la salida del *Llody* austriaco *L'Imperatrice* (1) que la tenia anunciada para la mañana del 27 de este mes que hoy acaba. Entre los muchos pasajeros que se embarcaron aquel dia, debo hacer especial mencion de nuestro amigo Hébert y dos dervises turcos (2). Durante los dos primeros dias de viaje nada de particular ocurrió; pero al tercero, como á las doce del dia, y cuando la mayor parte de los pasajeros estaban en sus camarotes ó á la sombra de las tiendas, medio aletargados con el escesivo calor, derepente aquellos dervises de que hablé antes, que estaban prosternados en el puente haciendo la oracion del medio dia, se levantaron, y uno de ellos disparó una pistola que llevaba contra el que tenia mas inmediato, que era un griego, el cual apoyado en la obra muerta del buque se diver-

---

(1) *Estos* Llodys *austriacos son unos vapores-correos que salen de Trieste dos veces al mes y van hasta Trebisonda tocando en* Ancona, Corfú, Patras, Lutraki, Sira, Smirnalos Dardanelos, Constantinopla, Sinope, *etc.*

(2) *Sacerdotes de órden inferior á los Ulémas. Se dividen en dos clases: los* volteadores, *que se están dando vueltas hasta que caen al suelo como muertos, y los* aulladores, *que imitan con habilidad los gritos de los animales feroces.*

tia mirando el efecto de las ruedas sobre el agua. Aquel infeliz quedó muerto en el acto: y sacando ambos en seguida sus largos puñales, empezaron á herir á diestro y siniestro á todos los que encontraban á su alcance. Yo estaba algo distante de aquel lugar, y al oir la detonacion de la pistola, eché á correr hasta la proa del buque en donde se hallaba entonces el jóven Hébert, cuyo aspecto habia llamado mi atencion desde el primer dia. Uno de aquellos asesinos me seguia de cerca, y al llegar allí me arrojé á los piés del jóven gritando: ¡Salvadme, salvadme, señor!

Oirme, empuñar una palanca herrada que habia allí cerca y atacar al turco, fué obra de un instante. A pesar del horror que se habia apoderado de mí, no pude menos de admirar la estraordinaria fuerza con que manejaba mi salvador aquella arma tan pesada, haciéndola describir rapidísimos círculos alrededor de la cabeza del turco. Este esquivaba los golpes con una sorprendente agilidad; y hacia caer una espesa lluvia de cuchilladas sobre su contrario, quien á su vez las paraba con su palanca. Por último cayó está con la rapidez del rayo sobre el cráneo de aquel malvado, el cual quedó muerto sin lanzar un suspiro; y en seguida se lanzó Hébert hácia la parte del buque en donde el otro asesino se defendia contra algunos hombres de la tripulacion que le habian cercado. Llegar y poner fin á la refriega con un solo golpe de su palanca fué hecho en mucho menos tiempo del que se necesita para contarlo; y dirigiéndose despues al lugar en que estaba al empezar aquel tumulto, se volvió á sentar tranquilamente. Es imposible describir la horrible escena que presentaba la cubierta de *L'Imperatrice* en aquel momento. Aquellos asesinos habian muerto á cuatro personas, entre los cuales se contaba el segundo comandante del vapor, y herido mas ó menos gravemente otras diez ó doce (1).

El primer comandante y casi todos los pasajeros vinieron unidos á dar las gracias al valiente español, pues por tal lo teniamos todos, y hasta hoy no he sabido yo que realmente no pertenece á aquella valerosa nacion. El jóven contestó que no habia hecho mas

---

(1) *La catástrofe que cuenta Manassés sucedió efectivamente á bordo del vapor* L'Imperatrice, *el dia* 30 *Mayo de* 1845, *viniendo de Sinope á Constantinopla.*

que cumplir con su deber, y que el cumplimiento de ningun deber no merecia alabanzas ni agradecimiento cualquiera.

El resto del viaje no ofreció niuguna novedad; y á la llegada, deseando yo veros, y no separarme tan pronto de Hébert, he venido á Pera, sin tocar en mi casa. Hé aquí por qué os dije antes que habia esta muy á pique de no volveros á ver.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! esclamó Rebecca levantando las manos al cielo.

—¿Viene bueno Cárlos? pregunto Giácomo.

—Sí, hijo mio. Me ha hablado de una enfermedad de pecho que ha sufrido y que creia mortal; pero un doctor frances amigo suyo que venia con nosotros, se reia mucho á bordo con la pretendida tísis de Cárlos, y le aseguraba que era necesario que cambiase con alguien de constitucion, si queria morir del pecho.

—Giácomo, murmuró Rebecca, ¿no vas á verlo?

—Sí, hermana mia, ahora mismo. Adios, tio, hasta mañana que iré á veros.

—Aguarda, contestó Manassés, iremos juntos. Tengo que estar en Constantinopla antes de que se cierren los almacenes.

Salieron los dos hombres, y Rebecca llorando de alegría se precipitó en los brazos de su hermana.

—¡Oh! ¡le voy á ver! porque ahora no se irá como la vez pasada; no....no será tan cruel.

—Vendrá sin duda, hermana.... pero tú me asustas. ¿Qué seria de tí si Cárlos no te amase?

—¡Moriría, sí.... moriría! Y desasiéndose de los brazos de su hermana, fué á sentarse en un rincon de la pieza.

XIII.

Era la tarde de aquel dia una de esas tardes incomparables, cuya delicia no comprende el que no haya pasado la estacion calorosa en los embalsamados climas de la Europa meridional, Sevilla, Nápoles, Constantinopla, ó en aquellas inmensas regiones tropicales de la aromosa América, en las cuales reinan perpétuamente unidas la estacion de los frutos y la de las flores; el espigado otoño y la risueña primavera. Esther, sentada en su cuarto cerca de una ventana que daba al jardin, contemplaba á la jóven Rebecca, quien

cia en absoluta inmovilidad. La brisa de la tarde, jugueteando entre los rizos de su blonda cabellera, venia á acariciar el cuello y espalda de alabastrina blancura; y era tal la belleza de su rostro, tal el encanto de la dolorosa espresion que lijeramente lo cóntraía, que cualquiera verdadero creyente (1) que hubiese podido penetrar en aquel recinto, la habria tomado seguramente por una de las celestiales *huris* prometidas por el profeta en su sensual paraiso. Delicioso lugar, en el cual los afortunados musulmanes no tendrán mas trabajo que elegir entre millares de millares de vírgenes inmortales, una, dos ó ciento que les ayuden á soportar la carga de su eterna felicidad. Mansion encantada, en donde habrá danzas y festines, *soirées*, *raauts*, y bailes de etiqueta con *buffets* abundantes y esplendentes, y en la cual no se verá uno obligado á cantar siempre como en nuestro cielo, tenga ó no tenga humor, y *esté en voz ó no*, que es lo mas importante en los melodiosos vocales ejercicios.

De pronto sintió Esther un golpecito en el hombro. Volvióse y vió en pié detras de sí á Cárlos Hébert. El primer movimiento fué de sorpresa y vergüenza á la vez, y la hizo quedarse inmóvil: el segundo, de verdadero cariño, y abrió los brazos. Cárlos la estrechó contra su corazon, y Giácomo á alguna distancia, contemplaba con sincera alegria el amistoso cuadro. Pasados los primeros momentos, preguntó nuestro héroe por Rebecca.

—Mírala, Cárlos, contestó Esther; y señalándole el lugar del jardin en donde aquella estaba, añadió en voz baja. Si no la amases, tu vista la mataria......

—¿Por dónde se baja al jardin? Guíame, hermano, gritó Cárlos; y se precipitó fuera de la pieza. Giácomo lo condujo hasta la puerta del jardin, y deteniéndose allí, le dijo:

—Debes entrar solo..... Cuidado con lo que haces..... Una alegria demasiado súbita seria tal vez mortal para Rebecca.

Entró Hébert en el jardin con callados y vacilantes pasos. La felicidad que le estaba prometida era demasiado grande para un mortal, demasiado rara en este mundo de engaños y miserias..... Hébert temia.

---

(1) *Nombre antonomásico que se dan á sí mismos los mahometanos.*

Nuestro héroe pertenecia á esa clase de hombres cuya especie se va haciendo cada vez mas rara en nuestra sociedad calculadora y egoista. Esos hombres, verdaderos anacronismos en esta edad anómala, era de hombres pequeños y de cosas grandes. Esto parece una paradoja, y vamos á probar que no lo es. En nuestros dias, de treinta años á esta parte, ¿cuántos prodigios no hemos visto? En lo político, ¿cuántos reyes destronados, cuántos imperios caidos, cuántos pueblos, antes esclavos, formando ahora estados independientes?—En lo moral..... lo que es en lo moral, lo mejor que puedo hacer es no decir nada.—En lo científico, ¡cuántas cosas admirables!—El vapor aplicado á la navegacion.... una inmensa parte de la poblacion actual del mundo, arrastrada diariamente por la misma fuerza motriz de un estremo al otro de Europa y en una gran estension del Norte-América, trazando líneas casi rectas sobre estrechas fajas de hierro, al traves de horribles precipicios y cenagosos pantanos: atravesando por debajo de montañas inaccesibles y salvando distancias fabulosas en algunos minutos. El telégrafo eléctrico—los globos aereostáticos antes fluctuando en el espacio á la merced del viento, ahora conducidos con mano segura al traves de la atmósfera, &c., &c., &c., porque si tratáramos de mencionar todas las cosas grandes de nuestra edad, no acabaríamos nunca. ¿Cuánta máquina subterránea, sub-marina, y todos los *subs* posibles, para defender cada cual su dinero; para echar á pique impunemente las escuadras enemigas; para..... en fin, para todo.

Y sin embargo, de tantos prodigios, ¿dónde están los hombres grandes? ¿Dónde están los *Galileos*, los *Newton*, los *Cicerones*, los *Miguel Angel*, los *Césares* y los *Homeros*? Nuestro siglo ha presentado al principio de su carrera dos muestras admirables; pero allí se detuvo: ¡y á fé mia! hizo perfectamente. Los hombres grandes son poco á propósito para el comercio, y la época es mercantil.

Dentro de pocos meses, habrá veintiseis años, que moria casi abandonado en un árido islote, situado al fin del Océano, NAPOLEON el temido! ¡Napoleon, tan gran guerrero, como político, como legislador! ¡Napoleon, á quien abandonó cobardemente la Francia en 1815, á la vista de las lanzas de los cosacos, á cuyo frente un príncipe débil invadia su patria, invocando el derecho divino, y reclamando como una deuda legítima, un trono que, segun él, le pertenecia por la gracia de Dios!

Tres años despues, en 1824, moria en *Missolonghi*, pequeña ciudad de la Grecia Occidental, el Homero del siglo, el inmortal lord Byron, perseguido en su país, y odiado hasta en el seno mismo de su familia......

Pero vino el año de 1830, y el pueblo frances en los famosos tres dias de Julio, derribó un trono carcomido y unas instituciones caducas, para reconstruir sobre bases mas sólidas la monarquía. La estátua del grande emperador, que la raquítica restauracion habia derribado de su sublime pedestal, subió de nuevo en triunfo á la cúspide de la inmortal columna, émula sola en el mundo de la Trajana y la Antonina (1), con la sola diferencia de haber sustituido á la toga de los Césares el sencillo trage del *petit caporal* (2).

No sabemos que la estátua de Byron ocupe todavía el lugar que le corresponde en *Westminster* ó en *Saint Paul* (3): pero debemos esperar que lo ocupe dentro de poco. La Inglaterra no puede mostrarse menos justa con el mas grande de sus poetas que con el afortunado *Salvador de las naciones y libertador de la Europa* (4).

¿Y por qué no hay grandes hombres habiendo tan grandes cosas? dirán acaso alguno de mis benévolos lectores.... A fé mia, no lo sé. Tal vez sea porque nuestro siglo es el siglo de las aplicaciones y no el de las invenciones; tal vez por cualquiera otra razon que no alcanzo.... pero sea lo que fuere, no es menos cierto que el siglo XIX carece de grandes hombres.—Debemos, sin embargo, hacer una escepcion en favor del aventajado matemático y poeta que participó hace pocos meses al director del *Tiempo*, haber hallado la cuadratura del círculo (5).

---

(1) *Columnas célebres de Roma.*

(2) *Apodo que daban los soldados á Napoleon.*

(3) *Iglesias principales de Lóndres en donde están las estátuas de los hombres grandes de Inglaterra.*

(4) *Epítetos ó mejor dicho sobrenombres, que prodigaron los papeles públicos Ingleses á lord Wellington, durante las guerras contra Napoleon. Byron los ha ridiculizado en estos dos bellísimos versos del canto 9. ° de don Juan.*

Call'd "Saviour of the Nations."—not yet saved
And "Europe's Liberator."—still enslaved.

(5) *Si mal no nos acordamos, el señor don Pedro Noboa natural*

Hemos dicho que nuestro héroe pertenecia á esa clase de séres privilegiados por la naturaleza, cuya superioridad no se patentiza sino en las grandes ocasiones. Era de esos hombres de corazon de acero, cuyo valor crece en proporcion de los peligros que tienen que arrostrar; hombres capaces de luchar hasta con lo imposible, y capaces de vencerlo, si la lucha misma no fuera un imposible; pero ahora temia y temblaba porque esperaba demasiado. ¡Habia sufrido tanto! En su edad juvenil habia esperimentado tantos pesares, tantas decepciones, que le parecia un sueño aquella felicidad que el destino le ofrecia con tan larga mano.... y temia, temblaba como un niño.

Iba acercándose á la amorosa jóven cuya abstraccion continuaba. De pronto su pié pisó sobre un ramillo seco que se rompió con la presion, y al ruido se volvió Rebecca sobresaltada hácia aquella parte.

—¡Cárlos, Cárlos! gritó, y volando á su encuentro vino á caer en sus brazos medio desmayada. Llevóla dulcemente Hébert hácia el banco de césped que acababa de dejar, murmurando con vóz casi inteligible por la emocion:

—¡Rebecca.... hermana mia.... yo te amo!

El cielo ostentaba su mas bello manto de purísimo azul, y el blando céfiro jugueteaba entre las hojas del sauce suspendidas sobre sus cabezas; en una de sus ramas suavemente mecida por la amorosa brisa de la tarde, modulaba el ruiseñor canoro sus tiernas querellas, y allá en el horizonte lejano, los últimos rayos del sol poniente doraban con sus purpúreos reflejos las verdes colinas del Asia menor.

Detras de la espesa celosía Esther y Giácomo, únicos testigos vivientes de aquella escena, murmuraban en el fondo de su corázon.

¡Dios poderoso! ¡Hazlos felices!

XIV.

Algunos dias despues de [los acontecimientos que narramos en nuestro último capítulo, una serena mañana del mes de Agosto, un

---

y vecino de la villa de Cacabelos. Mucho sentimos no tener á la mano alguna de sus comunicaciones al director del Tiempo, *escritas en variedad de metros.*

hombre y una mujer se paseaban en el gran cementerio de Pera (1), á la sombra de los gigantescos cipreses que los defendia de los ardorosos rayos del sol naciente. Eran Cárlos y Rebecca.

¡Cuánta felicidad revelaba la espresion de sus semblantes! Caminaba la jóven apoyándose con abandono encantador sobre el brazo del bien amado, é iba tan unida á él, que cuando se volvia para hablarle, se rozaban sus mejillas y sus alientos se confundian.... Y la jóven no se alarmaba con aquel contacto peligroso, porque era inocente como el niño cuando se alimenta á los pechos de su madre: pura como los ángeles del cielo.

—Ya no volverás á irte, mumuró Rebecca, no volverás á separarte de tu hermanita.... ¿no es cierto? Y viendo que Cárlos no se apresuraba á contestarla, añadió: "Mira.... antes pude vivir separada de tí.... muy infeliz á la verdad; pero al fin pude vivir. Ahora.... ¡Oh Cárlos!.... ¡si me dejases ahora...... moriria!—¿Ves esas flores? en cuanto el sol haya secado en sus cálices el rocío que ahora les da vida, perderán una por una esas hojas ahora tan vistosas, tan radiantes, y la brisa de la tarde las levantará del suelo confundidas con las mustias hojas de los cipreses. Pues bien.... tan corta así seria mi vida si tú me abandonases.... ¡Oh! no me dejarás.... ¿no es cierto, hermano mio?

—No, Rebecca, no me separaré de tí.

—Júramelo.

—¡Te lo juro.... sí.... te lo juro por el caro y venerado nombre de mi madre! De mi madre que era lo que tú.... un ángel sobre la tierra.... y que desde el alto asiento que ahora ocupa entre los bienaventurados, mira sin duda mi felicidad y la bendice.

El recuerdo de una madre que le habia sido tan querida, y por la cual fué tan tiernamente amado, conmovió de tal modo á Hébert, que durante algunos minutos no pudo proseguir. Al fin, con trémula voz y bañado en lágrimas el rostro, esclamó:

---

(1) *En Pera hay dos cementerios llamados el* pequeño y el gran campo de los muertos. *Tanto estos como los demas de Constantinopla están en medio de las calles, no tienen ninguna especie de cerca, y sirven de paseo público. Son en general muy bellos, y la muerte se presenta allí del modo mas poético posible.*

—¡Oh madre mia! ¡Tal vez los pesares que te causaron mis devaneos juveniles, contribuyeron á abreviar tus dias sobre la tierra. Pero el cielo es testigo de mi dolor inconsolable, de mi amargo arrepentimiento. Años.... largos años de dura expiacion me han sido impuestos, y yo la he aceptado en silencio.... hasta con reconocimiento. ¿Ha llegado, en fin, el término del castigo? ¡Madre! ¡madre mia! bien ves este ángel que está á mi lado.... Haz que no llegue á sus labios inocentes la amarga copa del infortunio!....

Y arrodillándose en el césped, prosiguió con creciente fervor:

—Si no estoy perdonado, haz que muera, madre mia, antes de que mi destino y el de esta criatura sean un solo destino.... Sí, madre mia.... ¡haz que muera!

Un sollozo ahogado que llegó á sus oidos, vino á interrumpir su plegaria. Volvióse, y vió á Rebecca arrodillada á su lado, con las manos elevadas al cielo.... Ella tambien oraba y lloraba.... Levantándose entonces y estrechándola contra su corazon, esclamó:

—Tú tambien pedias á mi madre nuestra felicidad. ¡Oh! ahora estoy seguro de que el destino nos será propicio. Los votos de los ángeles como tú suben al cielo, como el humo del oloroso incienso se eleva á las bóvedas en los templos del Señor!... Pero ven, amada mia, sentémonos á la sombra de aquellos cipreses. Tenemos que hablar de cosas muy sérias....

Y tomando á la jóven de la mano, la condujo á un lugar donde los cipreses mas unidos, formaban una espesa enramada sobre una de aquellas tumbas.

—Rebecca, la dijo, haciéndola sentar sobre la fúnebre losa: desde el dia en que me fuiste devuelta, el esceso de mi felicidad me ha hecho insensible á todo lo demas; pero ya es forzoso que me ocupe de una cosa necesaria para nuestra futura dicha. Tu hermana abandonó su religion para unirse con su amante; pero yo no sé hasta qué punto obraria en ella la razon. ¿Has pensado tú en esto, Rebecca? ¿Crees que hoy ó mañana no vendrá á acibarar tu vida el remordimiento? El cielo me es testigo de que daria mi sangre toda por verte abrazar el cristianismo, no arrastrada por la pasion, sino convencida por el raciocinio; pero si te cuesta alguna repugnancia este sacrificio, no seré yo el que te lo exija.... no, amada mia. La paz de la conciencia es la verdadera, la única base de la felicidad. Vamos, responde con absoluta franqueza.

—¿Qué quieres que diga yo, hermano mio? la cabeza de una mujer es tan poca cosa para resolver sobre estas cuestiones, que no me atrevo á consultar la mia. Sin embargo, he leido algunos libros de tu religion, y te confieso que hace mucho tiempo que ando enamorada de sus doctrinas. Una religion cuya base es el amor, y cuyos preceptos se resuelven todos por el amor, no puede traer su orígen sino de la divinidad. Leyendo aquellos libros, muchas veces he pensado que esta religion debia haber sido en el fondo la de todos los pueblos desde el principio del mundo. ¿Qué importa la diferencia en los ritos y ceremonias del culto esterno de las distintas sectas en que se divide hoy el género humano? *Amar para ser amado* [1] es un principio divino y eterno como aquel sér de quien emana. Aquel sér que no me atrevo á nombrar; pero cuyo corazon estoy segura de que es un piélago inmenso de amor.... inmenso como la eternidad.

¿Qué me importa, pues, variar de religion? ¿Acaso no han salido todas de la misma fuente? ¿Por ventura los diversos nombres de *Allah*, *Jehovah*, *Jesucristo*, establecen alguna diferencia real á los ojos de la divinidad? ¿Acaso no es el mismo sér porque se le invoque con distintos nombres?.... Ademas, Cárlos, bien mio, yo soy tu esclava, y no puedo querer ni creer sino lo que crea y quiera mi señor. ¡Tu amor será mi amor, tu religion mi religion!

No veia Hébert exactamente la cuestion como Rebecca; pero parecióle imprudente exigir mas. En consecuencia, tomando una de sus manos:

—Rebecca, la dijo, hermana mia, no puedo ni quiero exigir mas de tí.... Solo me queda que hacerte una pregunta. ¿Cuándo podré llamarte mia?

—Hermano, contestó Rebecca con el laconismo oriental: tu voluntad es mi voluntad.

XV.

Algunas semanas despues, un gentío inmenso llenaba las naves

---

[1] *Nosotros creemos que el* Si vis amari ama, *de* Séneca, *es la piedra angular de toda asociacion social ó religiosa.—Por supuesto, esta teoría no habla con la bolsa ni con las sociedades por acciones.*

de una de las principales iglesias católicas de Pera. La parte mas selecta de la poblacion cristiana de Constantinopla se encontraba allí, y el cuerpo diplomático habia venido en masa. Una jóven israelita dejaba aquel dia el Kaftán [1] para abrazar la religion de Cristo. La princesa D. . . ., mujer de un alto personaje diplomático, era la madrina de la jóven neófita. Aquella dama habia conocido á Hébert en Paris, cuando ambos estaban en sus primeros años. Ambos eran estranjeros en la moderna Babilonia; y aunque la primera se educaba en una pension de la calle de *Rochechouart*, y el otro en el colegio de Enrique IV, los domingos se reunian en casa del corresponsal de sus familias, M. O. . . ., entonces un simple negociante, y ahora marques y diputado de la oposicion, por la gracia de los ferro-carriles. El padrino erael conde Giácomo Visconti. Su esposa, á quien acompañaba M. Cárlos Hébert, era la persona que llamaba mas la atencion despues de la jóven bautizada, porque á no estar esta en la iglesia, todos los hombres de la concurrencia la hubieran proclamado reina de la hermosura.

Al salir de la iglesia se embarcó toda la comitiva para el ameno pueblo de *Buyukdere*, en donde la madrina tenia, como casi todas las personas importantes del cuerpo diplomático, una vella residencia de verano. Por la tarde de aquel mismo dia un caik se deslizaba rápido y silencioso sobre las plateadas aguas del Bósforo. Aquella pequeña embarcacion llevaba en su seno cuatro personas felices. . . Si la felicidad es posible en la tierra. Hébert, Visconti y sus esposas, porque el capellan de la princesa habia unido á los dos amantes en la capilla del palacio.

CONCLUSION.

Creia el autor, ó mas bien el narrador de esta historia, porque como ya ha asegurado varias veces, es una historia verdadera, concluida su tarea dejando unidos á los héroes; complaciéndose con la idea de que sus lectores se encargarán gustosos do seguir con su imaginacion á los personajes, siquiera hasta ver á la linda Rebecca haciendo saltar sobre sus rodillas un niño muy cuco, ya rubio, ya pelinegro, muy parecido á su padre, segun acostumbran serlo todos

[1] *Tocado de los judíos.*

los hijos verdaderos ó putativos; pero habia echado la cuenta sin la huéspeda, como suele decirse.

Una señorita de quien hace el autor grande estima, y que ademas sabe de memoria á Walter Scott, Arlincourt, Goethe, Manzoni, Alejandro Dumas, Balzac, Eugenio Sué, Bulwer, &c., &c., &c., le dijo no hace muchos meses que si se obstinaba en no decir algo, sobre todos y cada uno de los personajes de su novela, se esponia á que la obra, ya por sí bastante fria y descompaginada, cayese en completo descrédito, y que ningun periodista ni librero seria tan estúpido que comprase obras de un autor tan poco *comme il faut*.

Figúrense los lectores qué apuro para el pobre hombre que nada habia inventado en su narracion, y que no sabia qué habia sido de sus héroes, de quienes se separó pocos dias despues de su casamiento. Escribió á Constantinopla á su amigo Visconti [con Hébert no tenia gran confianza], pidiéndole noticias de los amantes y suyas, y de los demas personajes de esta historia; pero el tiempo pasaba y no recibia respuesta alguna.

Ya empezaba á desesperar de obtener ninguna noticia, y aun habia indicado á su hermoso *Mentor*, que mas bien queria correr el riesgo de ver su libro en las desapiadadas manos de un especiero, que inventar mentiras sobre unas personas cuyo recuerdo le era tan caro; mas hé aquí que una mañana, por cierto de estas Páscuas de Navidad del año de gracia de 1846, entró su patrona asaz temprano á despertarle, trayendo en la mano una carta bastante abultada. Alegrósele á mi hombre el corazon, creyendo que seria la respuesta de una que habia escrito el dia anterior á un cierto sugeto muy su amigo, el cual le debe una cantidad fabulosa para los tiempos que corren hoy literatos y poetas (aunque á decir verdad, nuestro autor los ha conocido mejores: y aun hay quien asegura que sin la escandalosa quiebra de un su banquero, tal vez esta historia y otras que la seguirán, Dios mediante, no habrian visto, al menos por ahora la pública luz); pero vamos al asunto. Nuestro hombre, enderezándose en la cama, ni mas ni menos que un cadáver galvanizado, tan bursco fué su movimiento y tan escuálida era la faz que por debajo de las sacramentales mantas asomaba, preguntó á la viviente *megera:*

—¿Es la respuesta de ese caballero?

—No, señor D. José. Es una carta del correo por la cual he te-

nido que dar al judío del *cartero* nueve reales y un cuarto. Ya ve vd. que para aguinaldo de Páscua no es maleja la tal cantidad; sobre todo, debiéndome vd. un mes de casa y el labado, y la limpia de la ropa, y las botas. . . .

—Déjeme vd. en paz, con cuatro mil de á caballo! gritó nuestro hombre; y tirando la carta sobre una silla que habia allí cerca, se metió de nuevo entre sus mantas y volvió á acostarse con la cara vuelta á la pared, resuelto al parecer á aparentar que dormia, para libertarse de las lamentaciones económico-domésticas de la patrona. El resultado probó que tenia mucha razon; pues la buena muger prosiguió sin inmutarse por la brusca interrupcion de su huésped, ni por la posicion poco parlamentaria que habia tomado.

—Porque ya ve vd. señor D. José.—Las cosas están cada dia mas caras. Todo ha súbido que es una *barbaridad* [1]; ¡hasta el carbon, señor, hasta el carbon! de cinco reales y medio que valia una arroba el mes pasado, ahora menos de siete reales no se encuentra, y. . . .

Un sonoro ronquido de su mudo interlocutor vino á interrumpirla en esta patética parte de su esposicion; y *herida vivamente su susceptibilidad*, como pudiera la de un diputado, salió del cuarto diciendo entre dientes:

—¡Se duerme cuando una le está hablando, como si no fuera una gente! ¡vaya con el señorito! mas valiera que no tuviera esa[illegible] respondencias con los franchutes. . . .

No bien hubo cerrado la puerta vidriera, cuando nuestro hombre se incorporó de nuevo, pues el roncar fué solo un ardid de guerra para alejar al enemigo; y tomando la carta vió que efectivamente el sobre estaba en frances, aunque el sello era de Venecia. Si alguna vez, amigo lector, te has encontrado por casualidad ó por accidente en el caso de nuestro autor, es decir, en estado de sitio, concebirás la indecision, quiméricas esperanzas, y qué se yo que mas cosas que le agitaban mientras daba vueltas á la carta que en la mano tenia. No estaba en correspondencia con persona alguna de Venecia, y no conocia la letra del sobre; y sin embargo, decia para sí: "Si me traerá esta carta dinero...." En fin, despues de largo rato de indecision, se decidió por fin á abrirla. Rasgó el sobre, y en

[1] *Espresion adverbial, favorita del pueblo madrileño.*

vez de una se encontró con cuatro cartas. La primera que vió era de Visconti. Decíale en ella su amigo que habia recibido su carta con un gran atraso, y que no pudiendo darle por sí mismo las noticias que deseaba, á causa de hallarse entonces un poco malo, habia encargado á su hermano Cárlos Hébert que lo hiciera en su lugar. Las dos cartas siguientes eran de las dos hermanas, y no contenian sino espresiones de amistoso recuerdo; la cuarta, en fin, era de Hébert.

Decia de este modo:

Mi estimado amigo:

Por la carta de vd. á Giácomo, he visto que desea saber el cuento de nuestras aventuras desde el mes de Setiembre de 1845 en que nos separamos en Constantinopla; y como quiere vd. que sea circunstanciado, para poder concluir la novela, que segun dice ha escrito sobre algunos acontecimientos de nuestras vidas, voy á tratar de ser metódico una vez siquiera en la mia.

Vd. se acordará que en aquella época nos ocupábamos Giácomo y yo en arreglar nuestros asuntos para venirnos á establecer en el punto de Italia que prefiriesen nuestras mujeres. Esto no era difícil puesto que la mayor parte de la fortuna que dejó el anciano Ephraim á sus hijas, consistia en fondos impuestos en los bancos de F[illegible] é Inglaterra. Terminamos, pues, aquel arreglo en muy poco tiempo, y nos venimos á Venecia, no sin visitar con interes los puntos de *Esmirna*, *Syra*, *Atenas*, *Corfú*, *Ancona y Trieste*, en cada uno de los cuales nos detuvimos algunos dias. A nuestra llegada á Venecia, se vendia por un pedazo de pan uno de los mas bellos palacios que adornan el *Gran Canal*, que perteneció en los dias de la república veneciana á una de las familias patricias mas ilustres. La posicion encantadora de esta ciudad, su templado clima, y mas que todo, el comercio diario que tiene con todos los puertos de Levante, lo cual hace fácil tener frecuentes noticias del único pariente que queda á nuestras mujeres, el tio Manassés, establecido como vd. sabe en Constantinopla, inclinaba mucho á estas á elegirla para su residencia. Yo no tenia motivos para preferir ningun lugar, y á Giácomo le era tambien indiferente, por lo cual compramos el palacio de su último poseedor, que no era nada menos que la célebre bailarina *María Taglioni*, la que, segun parece, tuvo el ca-

pricho de poseer por algun tiempo una de estas encantadoras residencias de los antiguos señores del mundo.

Aquí vivimos desde entonces tranquilamente disfrutando de toda la dicha que puede ofrecer esta vida pasajera. Hace cerca de seis meses que mi adorada Rebecca me hizo padre de un hermosísimo niño, que segun ella, es mi vivo retrato; y si no engañan ciertas señales, creo que está en camino de darme otro heredero. Al llegar á este punto de mi carta, ella que está leyendo por detras de mí lo que escribo, me dice que estos detalles no interesan á nadie, y que debo pasarlos por alto; pero yo me he propuesto, como dije á vd. al principio, ser metódico siquiera una vez en mi vida.

Ya ve vd. que mi Rebecca no es como la de la escritura, y que yo como su marido Isaac no he tenido que importunar al Señor para tener sucesion. Es verdad que aquella, aunque tardó en ser madre, dió á su marido dos hijos en su primer parto; pero del doble alumbramiento nacieron despues aquellas contiendas entre los dos hermanos sobre la primogenitura, que quién sabe en lo que hubieran parado sin la glotoneria de Essaú, que por un plato de lentejas vendió á Jacob el disputado derecho. Aquí vuelve á interrumpirme Rebeca, y absolutamente quiere que pase á otra cosa. Voy, pues, á ello.

Mi padre contestó á la carta en que le anunciaba mi casamiento con otra muy seca en que me decia, que puesto que yo sin su consentimiento habia dado aquel paso, podria pasarme tambien sin su bendicion; pero mis repetidas súplicas le han ablandado al fin, y estamos ahora en correspondencia seguida. Era difícil que no se reconciliase con una hija política, que ademas de las relevantes cualidades de Rebecca traia al matrimonio un dote de dos millones y medio de francos (1).

En su última carta me participa que mis hermanas Emilia y Fanny se han casado con dos jóvenes oficiales de la marina inglesa. En cuanto á mi hermano Jorge, sigue con su inclinacion á las lenguas sábias, y segun parece puede en el dia confundir á los mas instruidos bracmanes en el conocimiento del Sanscrito y todos los demas dialectos de la India. Mi hermano es demasiado sábio para casarse, y me escribe que no esperando tener hijos, se promete

[1] *Unos nueve millones y medio de reales vellon.*

educar á los mios é iniciarles en los mas sublimes arcanos de la humana sabiduría. El año próximo los tendrémos á todos por aquí, pues mi padre quiere venir á pasar sus últimos dias al lado nuestro.

Creo que he dado á vd. todos los detalles que deseaba, y concluyo mi ya demasiado larga carta, asegurándole que á pesar del tiempo y de la distancia, soy y seré siempre su muy fino amigo y deseoso servidor q. b. s. m.

F. C. Hébert.

P. S. Se me olvidaba decir á vd. que la vieja Raquel vive con nosotros y se acuerda mucho del español [así le llama á vd.] que la daba tantas piastras en Constantinopla.

¿Por qué no viene vd. á pasar el carnaval próximo á Venecia? Giácomo, Esther y Rebecca, me encargan que se lo ruegue á vd. de su parte, y yo uno mis ruegos á los suyos. Véngase vd., amigo mio, véngase vd. y acrecentará con su vista nuestra felicidad. Ademas, ya que ha emprendido vd. la carrera de novelista, tal vez en este viaje y sin que vd. los busque, se le presenten asuntos mas interesantes que el que ha elegido para su primer ensayo. No le pido que me envié un ejemplar porque tengo la esperanza de que vd. mismo sea el portador. Espero que no dude vd. de que su libro será leido por nosotros con el mayor interes. Adios, amigo mio.

